

SANCHO SALDAÑA,

6

El Castellano de Guessar:

novela histórica original del siglo XIII

POR

D. JOSÉ DE ESPRONCÉDA.

TOMO V.

Madrid.

Imprenta de Repullés.

AÑO DE 1834.

Sancho Saldaña,
ó
el Castellano de Cuellar.

~~~~~  
CAPITULO XXVII.  
~~~~~

Deslumbrantes armas,
petos argentinos,
caballos, pendones
moviendo contino
destellaban juntos
entre el polverío
tornasoles tales
que el verlo era hechizo.
¿Y á dó tan bizarros
irán los caudillos,
y para el combate
tan apercebidos?

(De D. J. G. Villalta.)

RAYABA apenas el sol en el oriente,
dos dias despues de la muerte del señor
de Haro, cuando por las estensas llanuras

que desde el castillo de Cuellar se descubren camino de Valladolid divisaron los vigías de la fortaleza á lo lejos una inmensa polvareda como podria levantar la marcha de algun numeroso ejército. Veíanse ademas de cuando en cuando, arrojando un mar de luz en los aires, resplandecer acaso confusamente las armaduras, y los erguidos y blancos penachos de los caballeros ondear graciosamente á merced del viento como un bosque de palmas. Oíanse ya mas cerca con belicoso y alborotado estrépito el relincho de los caballos, el ruido de los tambores, el crujido de las armas y el mezclado son de los lilelies, clarines y otros instrumentos de guerra, con tan marcial y confundido estruendo que arrebatava los ánimos, asordaba los campos, retremblaba la tierra y pasmaba el verlo. Correspondia á este aparato guerrero con no menos pompa y estrépito la guarnicion del castillo, que puesta parte de ella sobre las murallas, y parte en la llanura fuera de la fortaleza, ya asestaban aque-

llos sus arcos desde las almenas con ademán guerrero como si esperasen sus enemigos, ya estos maniobraban en sus gallardos bridones con ligeros escarceos, caminando al encuentro de los que se acercaban, ya como estátuas de hierro en sus pesados caballos; otro bando de ellos aguardaba á pie firme caladas las viseras, la lanza en la cuja y la espada desnuda colgada de la cadenilla que la aseguraba á la mano derecha, prontos á enristrar lanza al momento. Sonaban las músicas de uno y otro ejército algunas tocatas guerreras, las campanas de la ciudad echadas á vuelo en señal de fiesta con atronador estruendo aumentaban la confusión, los truenos del castillo retumbaban á la redonda, y los gritos, los vivas, la alegría de la multitud, las ventanas coronadas de hermosas damas, las plazas inundadas de gente hacían aquel espectáculo tan vario y divertido como imponente y terrible. Admiraba ver juntos todos los preparativos de una fiesta en que brillaba en los rostros el regocijo,

*

al mismo tiempo que todos los aparatos de guerra y los semblantes marcialmente severos de los soldados. Y pocos consideraban en aquel instante viendo aquella multitud de banderas, aquellas armaduras tan relucientes, aquellos tan briosos caballos, y aquel tan numeroso escuadron de hombres tan llenos de vida, de galas y bizarría, que no pasaria mucho tiempo sin que esparciesen por todas partes el terror, el desorden y la muerte; que sus armaduras caerian desbaratadas en piezas al golpe de los ensangrentados aceros, y que ellos y sus caballos serian de banquete á ambrientos perros y á carnívoras aves, yertos ya y sin ánimo sus robustos cuerpos. Entonces todo era fiesta, todo era júbilo, y si pensaban en el dia de la batalla, era pensando en vencer, y alentados con mil esperanzas, y mil ilusiones de gloria.

Fuéronse, pues, acercando en buen orden, y cuando ya las tropas ligeras de Saldaña se hallaban cerca de las que venian, pararon aquellas, y un guerrero,

cuyo melancólico rostro formaba un singular contraste con su lujosa armadura y buen aderezo, de magestuoso continente y gigantesca estatura, á galope en un alazan de fuego, se adelantó de sus tropas y salió á recibir á Sancho el Bravo, que armado todo menos el casco venia, rodeado de sus principales caballeros, montado en un tordo árabe, cuya soberbia lozanía sujetaba con indecible agilidad y destreza.

Llevaba el rey en la cabeza un bonete de terciopelo, color carmesí, de donde le volaban infinitas plumas de varios y bien casados colores; vestía una aljuba sobre la coraza, bordada toda de oro, y á su lado detras de él llevaba un escudero su lanza, su escudo y el yelmo, que rodeado de puntas de hierro, y solo adornado de algunas plumas blancas, mostraba que no lo traía para un torneo, sino para usarlo en la guerra. Descollaba á su lado por su aventajada estatura y grave porte el muy noble señor don Juan Nuñez de Lara, primer rico-hombre del

reino, asimismo armado y á caballo, y cubierto el caparazon de su palafren de una piel de tigre real, de que á su padre don Juan habia hecho don el famoso Vargas Machuca, despues que despojó de ella al intrépido Ben-Omar-Ben-Hacen, sobrino del rey de Marruecos, á quien combatió y venció en singular batalla cuando el sitio de Sevilla delante del rey don Fernando. El orgullo y las altas pretensiones de esta familia habian hecho célebre su nombre en todas las revoluciones anteriores á nuestra época, no pudiendo los reyes menos de ceder en algo á caballeros tan puntillosos de su derecho, y que por el menor motivo se querellaban con ellos. Pero nunca como ahora despues de la muerte del de Haro se habian presentado en el apojío de su poder, por lo que á pesar de la premura del tiempo, y no haber podido enviar á reclutar gente en sus señoríos, habia traído don Juan al rey en aquella ocasion mas de cuatrocientas lanzas, la mayor parte veteranos de nombradía, que

eran los primeros que rompian la marcha, enarbolando en alto el glorioso pendon de su casa. Ocupaba la izquierda del rey el valeroso Lopez Salcedo, capitán de lanceros, y uno de los guerreros de mas fama en aquellos tiempos, que sujetó despues y puso en orden á los vizcainos que habia sublevado contra don Sancho el hijo del malaventurado don Lope. Marchaba éste todo cubierto de hierro sin lujo, y aunque pequeño de cuerpo parecia sostener el peso de sus armas sin trabajo ni fatiga alguna, antes bien la enorme maza de hierro que colgaba al arzon de su silla probaba bien á las claras la fortaleza de su musculatura.

Quisieramos referir todos los nombres, todas las cifras y las armas de los demas ilustres caballeros que alli venian, pero la crónica de que copiamos no hace justamente mencion particular de ellos, y por no faltar á la verdad histórica nos vemos obligados á pasar en claro todo el ejército, sin poder dar cuenta de las ban-

deras, motes y nombres de tantos célebres capitanes. Pero felizmente la misma crónica, aunque concisa y mezquina sobre ciertos puntos, despues de enojar al lector, algunas veces por su demasiada estrechez y brevedad ruin, suele tambien divertirle agradablemente otras, y aun desarrugar su ceño entreteniéndole con descripciones sobremanera sabrosas y de buen leer. Asi que en esta ocasion, puesto que calla los nombres de los valientes, lo que tal vez hizo el autor que vivió en aquellos tiempos por envidia ó superchería, ensalza y alaba con entusiasmo la hermosura, á fuer de buen caballero, de algunas damas que en su litera venian detras del ejército, cuyos rostros, trages y condiciones describe con admirable minuciosidad, encomiando la nobleza de sus apellidos, la sobrehumana belleza en que escedian, dice el autor, á quanto él habia visto hasta entonces, y la riqueza de sus preseas y alhajas, cada una de las euales era fama *que bien valia una ciudad*. Sentimos empero no ser entera-

mente de la opinion del cronista , pero faltariamos á la verdad si como él exagerasemos la hermosura de aquellas damas con mengua y agravio de las que son adorno y gala de nuestras fiestas, y mucho mas si pusiesemos á tan alto precio las joyas que las engalanaban, dando envidia á nuestras mas ricas fembras, y susto y temblor á sus maridos. Baste decir que en la litera venian la reina y otras dos damas suyas; que doña María, esposa de Sancho el Bravo, tenia mas de talento que de belleza, y que el lujo y la pedrería que llevaban han hecho creer que dió causa al prudente refran tan sabido de *antes que te cases mira lo que haces.*

Era la reina de mediana estatura y bastante airosa, de tez morena, pero sumamente agraciada, de animada fisonomía y de ademan señorial, realzando sobre todo la espresion de su rostro sus hermosos ojos árabes, cuyas negras pestañas al caer podria haberlas comparado cualquier poeta clásico á dos nubes cu-

briendo un sol en cada uno de ellos, púes-
to que esto de nubes no hermosea mucho
los ojos. Las otras damas no eran tam-
po mal parecidas, sin embargo que una
de ellas, y, permítasenos esta descortesía,
rayaba ya en los cuarenta, edad en que
si una muger no es vieja, empieza por
lo menos á envejecer. Rodeaban esta li-
tera algunos caballeros muy principales,
aunque el rey y otros que las habian a-
compañado hasta entonces se habian a-
delantado y puesto al frente de las tro-
pas para recibir el homenaje que debia
hacerles á la cabeza de las suyas nues-
tro héroe el Castellano de Cuellar. Llegó
éste al rey con aquella indiferencia y tris-
teza propia de él, y ya iba á echar pie
á tierra, cuando el rey alargándole la ma-
no se lo estorbó, apretándole la suya
amistosamente. Hicieron alto en este mo-
mento ambos ejércitos, y las músicas de
uno y otro corrieron á cubrir el camino
que habia desde alli al castillo, tocando
varias alegres sonatas, en medio de los
vivas de la multitud. Tomó Sancho Sal-

daña el lugar de preferencia junto al rey, que le cedió Salcedo, puesto que el de Lara no hubiera hecho tal cumplimiento á nadie. Y en llegando al castillo pararon, y las tropas desfilaron en buen orden delante de ellos, entrando en el pueblo, que estaba á la izquierda por aquel lado, las tropas del rey delante y las de Saldaña á retaguardia.

En esto y en medio de los dos ejércitos llegó la litera en que las damas venían, y habiendo echado todos pie á tierra, á ejemplo del rey, se adelantaron á recibirlas.

— ¿Qué os distrae, buen Saldaña, que no venís á ayudar esas damas á que salgan de la litera, ó acaso teneis en vuestro castillo quien os pide celosa cuenta de vuestras acciones? preguntó el rey á nuestro héroe viendo que no se movia mas que si fuera de piedra.

— Perdone vuestra alteza, replicó Saldaña, si mi cabeza no está para cumplimientos. No obstante, sentiria perder la honra que vuestra alteza me ofrece.

Y diciendo así se encaminó hácia la litera, que ya habia hecho alto, y despues de abierta la portezuela hincó rodilla en tierra como los demas caballeros, y besó respetuosamente la mano de doña María, que se apeó en brazos de su esposo, mientras las otras dos damas que la acompañaban aceptaron las finezas de los cumplidos caballeros, que se apresuraron á servir las, aunque es fama que á la mas madura en años movió á obsequiarla mas que el deseo, la cortesía de los que se acercaron.

— Permitidme, señor, dijo Saldaña, que os guie, ya que vuestra alteza se ha dignado venirme á ver á mi castillo de Cuellar.

— Id delante, buen caballero, repuso el rey, que quien siempre fue delante en la batalla, justo es que vaya delante siempre.

Hízole Saldaña una ligera inclinacion de cabeza, pero su carácter oscuro no le dejó agradecer con palabras la cortesanía del rey, de lo que murmuraron

no poco muchos de los palaciegos, y entre ellos el dean de Sevilla, que ya conoce el lector.

— ¡Cómo ha cambiado este hombre! dijo á Lopez Salcedo: ¡ha perdido hasta el modo de hablar! ¿No veis con qué agasajo le trata su alteza, y qué áspera y bruscamente responde cuando le da la gana de responder? ¿Á qué atribuíis eso, señor Salcedo?

— Á su carácter un tanto orgulloso, ó quizá á sus distracciones continuas.

— ¡Distracciones! Si hablara con un villano, sería natural distraerse; ¡pero con un rey!! Os protesto, amigo mio, que yo no puedo atribuirlo sino á que estos señores que no frecuentan la corte se hacen tan sombríos y rudos como los castillos que habitan.

— Todo puede ser, repuso Lopez Salcedo.

Entre tanto acabaron de desfilas las tropas en medio de los gritos y algazara del pueblo, que se confundia con la estrepitosa fanfarria de las músicas. Los

principales caballeros entraron en el fuerte detras del rey razonando unos con otros, ya del despego del señor de Cuellar, que apenas habia cumplido con el ceremonial de recibimiento, ya de las buenas obras del castillo y preparativos militares que en él habia, cada uno segun su inclinacion cortesana ó aficion á las cosas de guerra.

Camparon las tropas, parte en las alturas que rodea el pueblo, y las que cupieron se alojaron en el castillo. Era de ver todos aquellos cerros cubiertos de tiendas, en que tremolaban mil diferentes banderas de los nobles que alli venian brillando al sol, que adelantaba su curso, tornasoladas de mil colores, llenas las colinas de armados guerreros, sonando con militar estruendo los ecos, y todo vida y movimiento donde pocas horas antes solo alteraba el silencio la gallarda moza que con su cántaro en la cabeza pasaba cantando á tomar agua de la cercana fuente, el balido de las ovejas ó el ladrido del perro que las guar-

daba. El pueblo, mitad de él hundido en las faldas de los oteros por un lado, y empinado hácia el otro extremo donde levanta sus almenas la fortaleza en forma de magnífico anfiteatro, los caseríos que acá y allá en los llanos y las alturas se descubrian, las torres del castillo coronadas de armada gente que al sol resplandecian como si fueran de plata, los alminares y veletas de las iglesias iluminadas de luz, los estendidos campos cubiertos de segadas espigas hazinadas ya para las heras, los pinares que á lo lejos por un lado y otro rodean aquella vasta campiña, el cielo claro, el sol en todo su brillo, el horizonte por término á la vista, los soldados que arreglaban sus tiendas, las gentes que iban y venian al campamento, el ruido de los instrumentos marciales, el bullicio de la multitud, los cantos de los soldados, todo presentaba el mas vistoso cuadro, y formaba la mas discordante armonía que puede crear la imaginacion.

Entre tanto Sancho Saldaña del me-

jor modo que pudo cumplimentó á sus reales huéspedes , supliendo á su cortesanía el buen trato , las opíparas mesas que hizo servir no solo á los reyes , sino á cuantos venian en la comitiva , y los magníficos aposentos en que alojó á los mas principales , todo lo cual hizo que el dean no le encontrase tan cambiado ni grosero como en un principio le pareció. Creían muchos que Saldaña haria desocupar el cuarto que habitaba Leonor en obsequio de la reina , siendo la mejor y mas elegante habitacion del castillo ; pero se engañaron en su creencia , porque el ceñudo Castellano condujo á su alteza al segundo piso á la habitacion de la mora , puesto que tuvo la atencion de decirle que desearia un palacio entero que ofreciera , no siendo todo su castillo digno de contener en su seno tanta grandeza.

Bajó en seguida con Sancho el Bravo á la estancia que debia ocupar , y cuya descripcion hemos ya dado en el segundo tomo de esta , no sé si llame cuento

ó historia. Hablaron allí, estando presente el de Lara, acerca de los asuntos políticos de la época, y Saldaña manifestó la situación de toda aquella provincia, presentó un estado de las fuerzas de los conjurados, y despues de varios debates tomaron algunas determinaciones cuyos efectos verá bien pronto el lector.



CAPITULO XXVIII.

Ese maldito usurero

.....
 que por grangear dinero
 pondría en venta á su hermano,
 reza á San Pedro, á San Juan,
 á San Cosme y San Damian
 y á toda la letanía.

(*De don Manuel Breton de los Herreros.*)

LUEGO que Saldaña se retiró á su habitacion, donde Duarte y García le aguardaban para desarmarle, se arrojó en su sillón como un hombre fatigado y har- to de cuanto ha hecho y ha visto. Quedó un rato pensativo y callado, hasta que dando un suspiro y encogiéndose de hom- bros llamó á Duarte y le preguntó por su favorito page.

— Señor, repuso, con la bulla que ha habido hoy no he tenido tiempo si-

quiera para pensar en mí mismo, cuanto mas en el page: muy ocupado debe estar cuando no se ha presentado por ningun lado.

— Está bien, vete, que ya estás hablando demas, replicó Saldaña; cuando venga que entre.

-- Muy bien, repuso el viejo: el demonio del niño, maldito él sea, prosiguió gruñendo entre dientes, que no parece sino que... un hombre como yo...

Perdiéronse á le lejos sus murmullos, y Saldaña quedó otra vez solo, hablando consigo mismo, y comparando la situacion de su alma con el semblante que habia tenido que tomar aquel dia para recibir al monarca. Parecíale que era cada momento mas infeliz, y recordaba los dias de quietud del castillo en que no habia tenido que disimular sus pesares para agradar á nadie, ni sufrir tanto enfadoso ruido ni vocería; solo y desgraciado sí, pero pudiendo desahogarse á su libertad: figurábase que no era dueño ahora de su castillo, ni podia llorar ni mal-

*

decir su suerte , sino que como un miserable bufon tenia que someterse á la voluntad de su amo , y renegaba entonces de la venida del rey y de tanta gente llegada alli solo para enojarle y cansarle con sus insípidos cumplimientos y necias charlatanerías. Hubiera deseado haber podido arrojar de alli á todos , castigar á los habitantes de Cuellar por la alegría que manifestaban , y quedarse solo sin mas compañía que la de su pérfido confidente el page , ni otra persona en su fortaleza que su desdichada cautiva. De cuando en cuando si llegaba á sus oidos algun grito de contento , ó las carcajadas de los que por los cercanos corredores atravesaban , se encendian sus ojos , doblaba el ceño , apretaba los puños , dando señales de la ira que le abrasaba. Cansado de estar sentado se paseaba , cansado de pasearse se sentaba ; en fin , nunca á su entender habia tenido un dia de mas desagrado , inquietud y desasosiego que aquel ; y pensando que aun le quedaban muchos que pasar de aquel mismo modo ,

prorrumpia en imprecaciones contra la suerte de Zoraida, y pensando supersticiosamente en los cargos á que este hecho daría lugar contra él en el otro mundo, aunque interiormente echaba la culpa al page, y trataba de persuadirse que el pecado recaía sobre Jimeno, no podía sin embargo acallar los gritos de su conciencia.

— ¿Y por qué, decía, he de temer yo, cuando Jimeno no teme, que es el autor de este proyecto? Yo no tengo nada que ver con lo que él haga. ¿Peco yo acaso por haberle dejado llevarlo á efecto? ¿No fue él quien lo propuso? ¿Y por último, no es ella una muger infame y de otra religion que la mia? No, no tengo cuidado: ya sabré yo en muriéndome lo que tengo que responder; no me cogerá el diablo desprevenido.

Su corazon empero no quedaba tranquilo á despecho de sus argumentos.

Tales eran sus pensamientos, cuando el elegante Jimeno pidió permiso para entrar á verle, y luego que lo obtuvo em-

pujó la puerta y entró acompañado de un hombre , cuyos ojos hundidos y relucientes, sus tácitos y atentados pasos , y el rosario que traía en su mano, daban á entender que no podia ser otro que Zacarías.

— *Benedictus in nomine Domini* , dijo el hipócrita sin levantar los ojos del suelo.

No le miró siquiera Saldaña , ni hizo de él mas caso que de un perro que hubiese entrado , sino que volviendo á Jimeno , y habiéndole hecho señas que se acercara , le preguntó :

— ¿ Has desempeñado tu encargo ?

— Ved aqui , señor , repuso el page, un buen hombre dispuesto á hacer cuanto se le mande , con tal que se le pague bien.

— Fijó en él Saldaña los ojos , y no pudo menos de sentir interiormente cierta gana de hacerle ahorcar , pareciéndole que en pocos pescuezos podria emplearse un cordel mas dignamente que en el suyo ; y Jimeno , que leía en el alma de su señor , no pudo menos de sonreirse. Es-

taba Zacarías á la izquierda del page y enfrente del de Cuellar, que ocupaba una silla, con las manos cruzadas, los ojos bajos y rezando sin duda, á juzgar por el movimiento continuo de sus labios, sin atender ni á uno ni á otro, y levantando los ojos únicamente cuando no le miraba ninguno.

—¿Quién eres? le preguntó Saldaña con aspereza.

—Soy, ó benignísimo y esclarecidísimo señor, un humilde siervo de Dios, un pecador á quien no bastará llorar toda su vida para llorar como debe sus pecados. *Lacrimæ rerum.*

—Es, le interrumpió Jimeno, el insigne Zacarías, piadoso director de las conciencias de los que tiene á sus órdenes el Velludo.

—Un miserable morador del desierto, añadió Zacarías con su voz compungida y meloso tono.

—Lo que tú tienes, dijo el de Cuellar, es traza de ser el mas consumado bribon que he visto en toda mi vida.

— Asi es, añadió el page.

— *Laus tibi Domine*, loado sea el Señor, replicó Zacarías; mas padeció Jesucristo por nosotros: estoy no obstante al servicio de vuestra grandeza, y bien puede creerme la vuestra escelsitud que mas me inclina á servirle su gracia la buena fama que de religioso tiene, que el dinero que espero en Dios que me pagará, sin embargo que el artesano vive de su salario.

— Ya te habré dicho mi page lo que quiero que hagas, respondió Saldaña, y creo que hace ya algunos dias que te entiendes con él.

— Señor, hasta ahora solo he servido de espía con el ayuda de Dios, y por mi conducto han llegado á noticias de vuestra grandeza los movimientos de los rebeldes, y los planes que fabrican contra el ungido.

— Además, prosiguió el page, se ha ofrecido á asesinar al gefe de los revoltosos.

— ¿Á Hernando de Iscar? Por vida

de mi padre, Jimeno, dijo Saldaña, que tú no quieres sino cargar mi alma con nuevos crímenes. El primero que siquiera le mire mal le he de arrancar yo mismo los ojos.

— Eso es lo mismo que digo yo, repuso Zacarías sin alterarse; nada que perjudique al alma debe hacerse jamas, aunque vaya en ello la vida: *animæ mea pura &c.*, por no cansaros. Yo he pensado un medio de matarle sin que su sangre caiga sobre nosotros, y en cuanto á mirarle mal, yo le miraré, os juro, con la mayor dulzura en aquel momento.

— Las órdenes que me dísteis... dijo el page.

— Las órdenes que yo te dí fueron que me le entregasen vivo, y no que ningún villano le asesinara, contestó Saldaña encolerizado.

— Señor, repuso Jimeno, eso quizá sea imposible.

— Pues entonces largaos de aqui tú y ese miserable gazmoño al instante, replicó Saldaña.

— No os encolericeis, eminentísimo señor, respondió Zacarías; la cólera es uno de los siete pecados mortales, y...

— Quita allá, vive Dios, tú y tus pecados mortales, interrumpió Saldaña levantándose con la intencion sin duda de darle de puntillones. Pero Zacarías viéndole tan irritado se determinó á aplacar-le diciendo:

— Vuestra grandeza debe saber que hasta lo imposible suele vencerse con el ayuda de Dios. *Deo volente.*

— Pues es preciso, replicó Saldaña sentándose de nuevo mas sosegado, que Dios quiera.

— Considerad, señor, repuso el page, que el señor de Iscar está siempre rodeado de caballeros, y que él lo es muy valiente para que se deje prender de un villano.

— El Espíritu Santo, exclamó Zacarías, acaba de iluminarme ahora mismo. ¡Oh! Santo de los Santos! ¡oh, esplendor divino! Bien podeis decir que Dios os favorece cuando me ha inspirado tan luminosa idea en vuestra ayuda.

— Habla y déjate de exclamaciones, respondió Saldaña.

— El Señor pondrá susto en su alma y... *escelsa turris...* Hoy se me ha olvidado casi todo el latin que sabia : vos vereis ; pero la empresa merece vuestra atencion , y vuestra grandeza debe saber que tanto vales cuanto tienes ; y que asi como antes trataba yo de emplear algunas monedas en beneficio del alma de ese caballero , dándole ya por difunto , ahora pienso será bueno rezar á las ánimas benditas , á San Cosme, á San Damian, á las once mil Vírgenes y á los innumerables Mártires de Zaragoza para que salgamos bien con nuestra intencion.

El acarnerado rostro de Zacarías tomó una espresion particularmente devota en este punto , cruzó las manos sobre el pecho , y perdidos los ojos en el techo no dejaba por eso de lanzar de reojo algunas miradas hácia Saldaña, para ver si se daba por entendido , ó era preciso usar de mas claridad. El page con ademán socarron le miraba y se sonreía.

— Tú puedes rezar , respondió el de Cuellar , á cuantos santos y mártires te parezca ; pero ahora lo que has de hacer es explicarme tu plan.

— No hay duda , replicó Zacarías ; vuestra grandeza sabe lo que ha de hacer este humildísimo siervo , vil lombriz del fango , *pulvis &c.* Pero suponiendo por un momento que vuestra escelsitud se encargase de rezar tanto Pater noster y tanta Ave-María , amen de una estacion por cada espina de la corona de Cristo nuestro bien , lo cual no sería extraño en un tan religioso varon como vuestra grandeza...

— Quita allá , mal ladron : ¿ cómo habia yo de encargarme de rezar tanto ? falta ademas que yo pudiese rezar... replicó Saldaña : déjate de hipocresías conmigo , no sea que usarlas te cueste caro : habla , ó vete.

— Pero , señor , poderosísimo señor , respondió Zacarías con la mayor humildad , vuestra grandeza sabe muy bien que cada uno tiene sus explicaderas. Dios po-

ne valor en el corazon del guerrero y ciencia en la lengua del sabio. Yo rezaría todo eso, porque esas son mis oraciones diarias; pero hombres santos hay cuyas súplicas valen mas que las mias para con Dios. Pero ellos estan harto ocupados en el culto divino, y es menester pagarles su trabajo; ya sabeis que tantas oraciones dan ocupacion para algunos dias, y yo me encargaria de llevarles el dinero y de entregárselo, por lo que no sería malo que vuestra grandeza añada algo mas á lo que tiene intencion de pagarme. Yo me contentaria con un cornado por cada estacion.

--Maldito demonio, replicó Saldaña irritado, si hay que rezar á cada uno de los innumerables mártires, ¿dónde piensas que hay dinero para pagarte? Huye de mi presencia, y cuenta que voy á dar orden para que te disparen tantas flechas como Ave-Marías me has pedido.

--No se enoje vuestra escelsitud, replicó Zacarías: aqui mi amigo Jimeno tasará mi trabajo.

-- ¡ Amigo! ¡ puf! interrumpió el paje mirándole con desden.

-- Pues señor, yo, continuó el hipócrita, si no ofrezco algo á las ánimas benditas soy hombre al agua y no sirvo para nada, ni á nada me atrevo absolutamente, porque antes es en mí la devoción que otra cosa cualquiera.

-- Volvióse el de Cuellar sobre su sillón harto enojado con la falsedad y avaricia del buen Zacarías, y apoyando la cabeza sobre la mano derecha, afirmando el codo en el cincelado respaldo, quedó un rato pensativo, dudando si le mandaría ahorcar y haría ese favor mas á la humanidad, ó si seguiría valiéndose de él, vista la mucha necesidad que de sus servicios tenia, y consentiría en cuanto le pidiese. El hecho era que sus esperanzas no podían absolutamente cumplirse sino lograba tomar prisionero al de Iscar, hazaña casi imposible de verificarse á no valerse de la astucia de alguno de su partido que lo entregara. Esta reflexion, que para él tenia mas fuerza que cualquiera

otra , le determinó á todo y á dar cuanto Zacarías exigiese, aunque tuviese que empeñar sus tierras y sus castillos para satisfacer su codicia. Repugnábale no obstante tener que ponerse á merced de un villano que , segun las ideas de aquel siglo , debia tener á mucha honra servir á un caballero tan principal como él , y cuya vida debia estar á su placer , pronto á sacrificar. Pero como no habia mas remedio , era preciso pasar por todo ; y volviéndose hácia el piadoso varon , que con aire meditabundo parecia que estaba contando los innumerables cornados que le pedia,

— Malsin , le dijo , admirable es la paciencia con que he visto tu descarro sin haberte ya hecho empalar. Con todo , quiero hoy hacer prueba de mi bondad , para ver tu insolencia hasta dónde llega. Tasa tú mismo lo que vale tu traicion , y veremos.

— Señor , respondió Zacarías , vuestra bondad y mansedumbre os colocarán algun dia en el paraíso , como tan santo

varon merece. Pero yo puedo juraros y os juro, añadió poniendo los índices de ambas manos uno sobre otro en forma de cruz acercándolos á sus labios, por esta señal de la cruz, que el dinero que os pido es para un buen fin, y que si se tratara de mí me contentaria con el que quisierais darme. Veo sin embargo vuestra generosidad y magnificencia, y voy á tasar poco mas ó menos lo que creo que valdrá tanto rezo. En primer lugar, por cada estacion pondré un cornado, moneda ínfima, como vos sabeis; ahora bien; en cuanto á las ánimas benditas debe haber infinitas en el purgatorio, y se puede regular unos ochocientos millones de almas echando corto. Las once mil Vírgenes es poca cosa. Pasemos ahora á los innumerables mártires, *Martirologium* &c., que no viene á cuento. Los innumerables en este caso deben tener número, y para no ser prolijo pondré el doble de las ánimas benditas, aunque talvez direis que ando escaso, pero como quedan las espinas de la corona de...

— Voto á tal, vive Dios, infame, atrevido, insolente, mal villano, ladron ruin, exclamó Saldaña poniéndose en pie y volcanizado de ira, que he de hacer un escarmiento en tí que ha de poner espanto en todos los de tu miserable ralea. ¿ Y dónde has aprendido á echar cuentas, canalla? ¿ y cómo tienes osadía para demandar dinero á un caballero como yo soy, y que puede disponer hasta de tu vida. Jimeno, echa de aqui á ese follon deslenguado, y arrójale de cabeza á un pozo ahora mismo, que por mi vida que no ha de vivir dos horas mas en el mundo.

Quedóse Zacarías inmóvil sin dar señales de susto ni cambiar su aspecto devoto, notándose solo en él cierto movimiento convulsivo en los labios como si rezara muy aprisa y se pusiera bien con Dios. El page se acercó á Saldaña y le habló al oido.

— Señor, le dijo, lo que á vos importa es coger prisionero al señor de Iscar. Perdonad á este hombre su atrevi-

miento, y cuando vuelva por la paga ¿tenéis mas que hacerle ahorcar de una almena?

— Dices bien, respondió Saldaña; y encarándose con Zacarías prosiguió: infame, hipócrita, saco de embustes y villanías, las palabras que has usado merecian que yo te hubiese hecho arrojar de cabeza desde la torre mas alta al foso, como he tenido intencion. No obstante, te perdono, y estoy pronto á darte cuanto me pidas luego que hayas cumplido tu promesa, entregándome prisionero al señor de Iscar.

— Bien parece, señor mio, replicó el astuto gazmoño, la generosidad en los poderosos, *Regum que Deum que*: sin embargo, como las oraciones que os pido son para antes y no para despues, creo tendréis á bien entregarme siquiera la mitad de su valor, á fin de que yo lo lleve al monasterio mas próximo, y principien las plegarias desde esta tarde.

— Dice bien, repuso el page adelantándose á hablar, viendo que otra vez

Saldaña se encolerizaba ; solo que lo mejor es que haga venir aqui los frailes , ó quien quiera que sea quien haya de recibir esa cantidad , para que el señor de Cuellar quede satisfecho de que ha sido bien empleada.

Esta salida del page cortó el revesino, como se suele decir, al consumado turno , que no acertaba apenas qué responder , y sosegó el ánimo de Saldaña , que no pudo menos de sonreirse y mirar al page, que, fijos los ojos en Zacarías, tomó el ademan burlon tan natural en su maliciosa fisonomía. El devoto bandolero no dejó por eso de responder.

— ¿ Y por qué , dijo , distraer de sus santas ocupaciones á los elegidos del Señor ? Con que yo fuera á llevárselo bastaba , cuanto mas que ya veo que mi piedad me ha descarriado un poco y...

— Has pedido lo que el mundo todo no bastaria á pagar , interrumpió el page terminando la arenga de Zacarías.

— Mi devocion , mi exagerado ce-

*

lo por el culto, *eclesie sue sancte...*

— Basta, replicó Saldaña, voy á darte diez alfonsis de oro (1), y despues ajustaremos cuentas.

— Siquiera por las lágrimas de la Magdalena, exclamó Zacarías, generosísimo señor, que sean veinte.

— Diez he dicho, repuso el de Cuello con sequedad.

— Diez y nueve, por las siete espadas que atravesaron el corazon de la Virgen, *pia mater*.

— Ni un cornado mas.

— Diez y ocho, señor, diez y siete, diez y seis, quince, por la lanzada de Longinos, por las llagas de nuestro Redentor...

Reíase el page, aunque con disimulo por no enojar á Saldaña, viendo á Zacarías seguir á su señor, que salía ya de la habitacion, acosándole, cansándole, pidiéndole y rogándole por cuánto puede

(1) Equivalía cada alfonsis de oro á 50 rs. de nuestra moneda.

rogar y suplicar un cristiano, diez, seis, una moneda mas, un cornado siquiera mas que lo que Saldaña le prometia, y persiguiéndole hasta el punto de hacerle volver hácia él la punta del pie, y arrojarle al suelo de un puntillon que le hizo venir rodando hasta los pies de Jimeno.

— Sea por Dios, dijo poniéndose en pie; mas padeció Jesucristo por nosotros.

— Al fin has logrado lo que pedias, puesto que te han dado un puntillon ademas de los diez del pico, dijo el page burlándose.

— Yo le hubiera perdonado tanta generosidad, respondió Zacarías, que pienso que me ha derrengado, y hay larguezas que no se agradecen.

— Con todo, repuso Jimeno, has caido con mucha gracia, y por eso te perdono el pisoton que me diste.

— ¿Te pisé? ¡Oh! se ha cumplido en mí la profecía: *super aspidem et basiliscum ambulavis*.

Volvió en esto el señor de Cuellar, y habiéndole endonado un bolson con las diez medallas, que Zacarías recogió con ansia, miró con codicia y se guardó en un vuelo, dijo:

— Ahora bien, ¿cuál es tu plan?

— Yo traeré al señor de Iscar á alguna emboscada vuestra, respondió Zacarías, valiéndome de algun lícito y piadoso engaño, y con el ayuda de Dios os le entregaré prisionero.

— Está bien, y cuidado con que no faltes á tu promesa. Te doy de término cinco dias; si en este tiempo no me sirves bien entregándomelo lealmente, le aviso al Velludo de tu traicion para que te haga ahorcar al momento. ¿Entiendes?

— De aqui á cinco dias, mediante Dios, estará el señor de Iscar en vuestro poder.

— Vete.

— Pero si vuestra generosidad y buen corazon inclinasen á vuestra escelsitud á darme algo mas...

— ¿No te vas, replicó Saldaña, ó quieres que?...

— No señor, nada de eso, poderosísimo y eminentísimo señor, ya me voy. Padre nuestro &c., y volvió la espalda rezando.



CAPITULO XXIX.

Velada en nubes la celeste cumbre
 todo era noche, luto y tempestad,
 solo á tu rostro de divina lumbre
 vaga aureola daba magestad.

(*Don Antonio Ros.*) (*La Virgen al pie de la
 cruz.*)

CUANDO dicen que las cosas del mundo parecen una novela, no es mas si no que una novela es ó debe ser la representacion de las cosas del mundo, en que todo va á nuestro entender desenlazado y desunido á veces, aunque si se examina bien no carece de cierto orden y regularidad, y en que personas, al parecer inútiles y acontecimientos en sí frívolos, son acaso tan esenciales y necesarios cuanto que sin ellas ó ellos fuera imposible que tuviese tal ó cual fin el asunto principal. Nosotros no obstante, que nada tenemos

que hacer sino extractar de las crónicas que dan cuenta de nuestra historia, no podemos vanagloriarnos mucho de este enjambre de personas que en ella andan revueltas, ni de lo distantes que por su gerarquía y oficios parece que habian de estar unos de otros, y de la relacion que tienen entre sí todos, bien como una ingeniosa máquina en que desde la rueda principal hasta la mas pequeña y ruin, aunque obren al parecer en contrario sentido, ayudan todas ellas su movimiento. Pero como hemos dicho el mérito, si alguno hay, no es nuestro ni del cronista, sino que asi pasó y asi lo dispuso Dios, y nosotros no hacemos sino contarle.

El genio de la historia deja, pues, ahora por un momento los palacios de los reyes y los castillos de los señores, y atando algunos hilos que habian quedado sueltos en el enmarañado trascurso de los anteriores sucesos, dirige su vuelo al campo, y entre los pinares del rio Piron se esconde y desaparece.

-- Por el Dios de Abraham...

-- No jures así, no sea que saquen por el hilo el ovillo, y nos conozcan estos perros. Cuanto mas, que si nos descubren con este traje morimos sin remedio.

-- En verdad, señor mio, que no sé cómo sabiendo tanto y teniendo tanta experiencia como vuestros años prometen, os habeis metido en este oscuro encierro, que para mí creo que no hemos de hallar la salida.

-- Las determinaciones del sabio cree el ignorante que son locuras, porque nunca será capaz de entenderlas.

— Lo que yo entiendo es que si se llega á averiguar nuestro enredo nos asaeteen vivos, sin que nos valga toda la sabiduría de Salomon, y yo ya sabeis que soy hombre muerto antes que me maten en tales lances.

— Si tienes miedo puedes volverte desde aqui mismo.

— ¿Miedo? ¿Y por qué no he de tener miedo, si nunca hice profesion de

valiente? Pero soy criado fiel, y no me separaré de vos nunca.

Tal era la conversacion que traían dos religiosos de la orden de San Francisco que salian de los pinares, sin duda con intencion de vadear el rio, y hacian su camino á pie, como deben caminar los frailes de esta religion. Traían echadas las capuchas, que apenas les dejaba descubierta el rostro, y uno de ellos, de pequeña estatura, y el mas viejo, llevaba un báculo ó baston grueso en que se apoyaba para andar con menos trabajo. Al llegar á la orilla del rio hicieron alto, y habiendo buscado el sitio en que hacia mas sombra, fatigados del sol por ser las doce del dia, se recostaron sobre la arena, y el hermano mas jóven sacó de las alforjas algunos friambres y un pedazo de pan que ambos á dos comieron con mucho apetito, aunque á decir verdad el viejo puede decirse que se contentó con probar de aquellas viandas, á que dió fin con extraordinario gusto su compañero. En esto estaban, cuando una voz que tenia algo

de sobrehumano á aquella hora, y en aquel sombrío y solitario bosque, llegó á sus oídos, y oyeron que entonaba con angelical melodía un himno sagrado, de que conservó el fraile mas anciano algunos trozos en su memoria, que dicen que fueron hallados despues de muerto entre sus manuscritos.

Plegaria.

Tus dulces ojos con amor piadosa,
 Vírgen divina, vuelve al pecador;
 oye, ó madre, mi súplica angustiosa,
 tú que sentiste como yo el dolor.

Llanto continuo corre de mis ojos,
 y á tí mi rostro no me atrevo á alzar,
 árida senda de ásperos abrojos
 hace la sangre de mis pies brotar.

Largo el camino y duro se me hacia,
 flaco sentí mi corazon latir,
 débil muger sin ánimo y sin guía
 la tentacion no pude resistir.

Ay, yo pequé y abandoné el camino
que lleva solo á la mansion de paz,
y en negra sombra el resplandor divino
trocarse ví de tu amorosa faz.

Lejos del mundo en santa penitencia
sola aqui en este túmulo lloré,
para otro aqui imploraba tu clemencia,
por otro aqui mi pecho golpee.

¡O madre mia! altiva pecadora
nunca por mí rogué en mi vanidad.
Mares de eternas lágrimas ahora
no bastarán para alcanzar piedad.

Resonó el eco la suave armonía que
hacia parecer aquel sitio encantado, y
aunque los dos religiosos registraron á un
lado y á otro por ver quién era el que de
aquella manera cantaba tan dulcemente
no vieron á nadie, y todo habia quedado
en silencio: la voz no obstante habia sa-
lido de entre unos escombros y ruinas que
á la orilla del rio estaban, pero entre los
que no hallaron oculto á nadie por mas
que recorrieron todo.

-- Señor, dijo el mas jóven de los frailes, esto es cosa de encantamiento, y el harpa de David no sonó con mas suavidad.

-- Ciertamente que no he oido voz mas dulce, y la hermosa Esther, mi hija querida, que me mataron sin duda estos perros cristianos cuando era niña, no tenia voz mas pura. ¿Te acuerdas, Benjamin de mi hija?

--¿Que si me acuerdo? repuso el jóven: ¿puedo yo olvidar nunca á la amiga de mi niñez? ¡Ni cómo olvidaré yo jamas la noche terrible que la perdisteis! Me acuerdo como si hubiera sucedido ayer.

-- Tú eras aun muy niño, repuso el viejo con muestras de mucha pena, tú te reías de ver arder el castillo y volvias la cara para mirar las llamas que lo consumian, mientras nosotros huíamos delante de la espada de los nazarenos. ¡Oh, mi hija Esther! ¡hija mia! ¡mi querida hija! yo te busqué por medio de las espadas enemigas al través de las llamas; yo te

pedia á todo el mundo, al cielo, á la tierra, y nadie respondia á mis voces. ¡Ah! tú no viste la desesperacion de tu padre: ¡hija mia, hija mia! La flor de tu hermosura habia sido ya deshojada por el huracan.

Al decir esto inclinó el buen viejo la barba sobre el pecho y derramó algunas lágrimas. Benjamin dió un suspiro, y ambos guardaron silencio por largo rato.

El viejo prosiguió diciendo:

-- Benjamin, el sabio debe ser superior á los contratiempos de la vida; pero han pasado ya muchos años, y á pesar de los cariños de mi segunda esposa y de mi hijo, nada basta á arrancarla de mi memoria: continuamente, á todas horas la veo delante de mí con aquella gracia infantil, aquel donaire en que yo fundaba toda mi vanidad. ¡Ah! ya habrá crecido, ya será una muger; ¿pero qué digo? ya solo es polvo y gusanos. Desde entonces aborrezco el nombre cristiano, y me valgo de cuantas mañas puedo para

esterminar una raza maldita de asesinos. ¡Benjamin! ¡Benjamin! Tú no sabes cuántas veces se me saltan las lágrimas al mirarte, pensando que te veo aun jugar con mi hija: ¡ahora tendría tu edad!

Pronunció estas palabras con tanto sentimiento, que Benjamin solo pudo corresponder suspirando al dolor que el buen viejo manifestaba. Fue empero Abrahan, á quien ya habrá conocido el lector, el primero de los dos que se recobró, y acordándose solo de la mision que llevaba, pasó la mano por la frente como para auyentar cualquiera otro pensamiento, y ya se habia puesto en pie para seguir su camino, cuando la misma voz que habia cantado sin duda, á juzgar por su suave sonido, vino á interrumpir su marcha diciendo:

-- ¡Padre mio, padre mio! Volvieron la cara los dos mentidos frailes al oirse apostrofar de aquel modo, y reciente la imágen de su hija en su memoria, no pudo Abrahan menos de estremecerse; pero fijando la vista ya con mas atencion, vie-

ron venir hácia ellos una figura envuelta en una capa ó almalafa negra , que no dejó de asustar á Benjamin , y de sorprender bastante al sabio judío.

-- Padre mio , repitió la hermana de Saldaña , arrojándose á los pies de Abraham , en nombre de Dios oidme en confesion , no mireis con desprecio á esta pecadora.

-- Levanta , hija mia , repuso el supuesto fraile : ¿ quién eres , dime , que andas sola por estos despoblados ?

-- Separaos un momento de vuestro compañero , respondió Elvira ; y sino no: oidme los dos : sí , el mundo entero sepa mi delito , y sea testigo de mi vergüenza. Padre mio , teneis delante de vos una muger criminal , una muger que lleva consigo la maldicion del Señor.

-- Has de saber , replicó el judío , que voy muy de prisa y...

-- No , no os ireis de aqui sin oirme... repuso Elvira cogiéndole del hábito.

-- Señor , si nos cogen somos perdidos , dijo Benjamin en lengua estraña á su amo.

-- Con todo, estoy por darle gusto, replicó en el mismo idioma Abrahan; ¿quién sabe si sus confesiones nos pueden ser útiles?

-- Hija mia, prosiguió volviéndose á ella, habla y sé breve, que acaso Dios nos pedirá cuenta del tiempo que aquí hemos perdido. -- Padre mio, exclamó Elvira arrojándose segunda vez de rodillas, padre mio, yo soy la hermana de Sancho Saldaña, yo habia hecho voto de enterrarme en vida y consagrarme á Dios por la salvacion de su alma, y yo he faltado á lo que ofrecí. Yo volví á su castillo, le asistí en sus heridas y he sido testigo de nuevos crímenes. He huido otra vez al desierto, é implorando el perdon de mis faltas, mis lágrimas han corrido noche y dia sin cesar, pero el Señor no ha respondido á mis súplicas. El demonio del orgullo se apoderó de mi corazon; mi pecado es grande, y la eternidad se abre delante de mí con espanto. ¡ Ah! ¡ no me maldigais! mi arrepentimiento durará toda mi vida; imponedme la penitencia mas

dura de cumplir, mandadme que peregrine leguas y leguas con los pies descalzos, que maltrate mis carnes, que bese los pies del viajero que encuentre en mi camino, todo me parecerá poco comparado con mi delito. Yo he preferido el amor y la amistad de los hombres al amor de Dios; yo, ¡miserable de mí, he caído en la tentación!!!

Quedó el judío pensativo, menos compadecido del arrepentimiento fanático de aquella infeliz muger que cuidadoso de aprovecharse de la ocasión que la suerte le presentaba, por lo que el primer pensamiento que tuvo en cuanto oyó que era hermana de Saldaña fue fomentar su locura y servirse de ella para sus planes.

— El cielo dijo, ha guiado aquí mis pasos para salvarte de la muerte eterna. Dias hace que el Señor puso en el corazón de su siervo la intención y el deseo de morir martir ó salvar á tu hermano del infierno que le amenaza, y mi deseo ha permitido Dios que se cumpla. El Señor ha mirado con ojos benignos al

*

pecador. Grande, como tú has dicho, es tu pecado, pero mayor es la clemencia de Dios. Con todo, la penitencia que te impone por mi boca es terrible; examina primero tu corazón, piensa en el castigo que te aguarda en la eternidad, y compáralo con la obligación mas penosa en la vida; inflame tu alma el santo fervor que debe acompañar al arrepentimiento. Eleva tu espíritu á la presencia de tu Criador, pon tu confianza en el que da aliento á mi voz é inspira mis palabras, arráncate de los lazos del mundo, olvida á tu hermano, olvídate de tí misma, y el entusiasmo divino de la religion exalte tus potencias para que seas digna de la grande empresa á que tú sola puedes dar fin. ¡Considera que quizá Dios te destina para que libres de la servidumbre á su pueblo!

El rostro del mentiroso judío habia tomado una espresion particular de enagenamiento y sublime arrobó que no parecia sino que de veras ardía en su pecho el fuego de la inspiracion. Sus ojos habian trocado su natural decaimiento en

un brillo vivísimo como iluminados, y el color ardiente de sus mejillas, la actitud atrevida y religiosa al mismo tiempo de su espresivo semblante hubieran podido engañar á cualquiera otro mas suspicaz que Elvira. Besó ésta el cordon de su hábito humildemente, y sin alzar los ojos del suelo respondió: — Padre mio, mi vanidad humillada no se atreve á lisonjearse de tantas glorias como me habeis ofrecido en nombre de Dios, pero mi corazon no tiembla de la penitencia mas cruda. Cumpla yo mi deber para con Dios, y véame envilecida y criminal para con los hombres.

-- El mayor crimen, replicó el judío, el delito mas horroroso al parecer de los hombres puede ser agradable á los ojos del Omnipotente (1). Llenas estan las santas escrituras de acciones delincuentes segun el mezquino juicio del mundo, y que el Señor en su profunda mente or-

(1) No debe olvidarse que habla un enemigo de nuestra religion, que se vale de sofismas para Persuadir á cometer un crimen.

denó que se cometieran. ¡Quién osará sondear los altos juicios de Dios! Él manda matar para dar vida, y se sirve á veces del insecto mas vil para humillar la soberbia del poderoso. *Llenos estan los montes y los valles de tus maravillas, Señor Dios Sabaoth*, dijo el salmista. Tú pusiste fuerza en el corazon de Judith cuando derribaste el orgullo del enemigo de tu pueblo. Tú inflamaste el espíritu de la maravillosa Débora, y tú comunicaste vigor al brazo de un pastor niño para que de un solo golpe hundiera en la nada la arrogancia del Filisteo. Muger, ¿por qué has de dudar tú de la eleccion del Señor, cuando él ha puesto en tí los ojos para que vengues su pueblo y le libres del cautiverio, y pone en tu mano la espada de la victoria, que arrojará en el polvo al hijo impío que se rebeló contra su padre, al hijo maldito que excomulgó el pontífice, al nuevo Nabucodonosor que ha encadenado los mancebos y las vírgenes de Sion? Muger, enciende tu ánimo en santa ira, y regocíjate en el Señor.

Vano será tu arrepentimiento y vanas tus lágrimas , aunque derramas mil veces mas que lleva gotas de agua el océano , sino sigues á ciegas la voz del que en este momento me inspira y me revela tus destinos. Los crímenes de tu hermano han rebosado ya del vaso de la misericordia , tu pecado es grande , y la clemencia divina no la alcanzarás sin que antes hierva en tu brazo la sangre que salte del corazon del impío.

-- ¡ Oh ! ¡ Padre mio ! exclamó Elvira atemorizada : yo soy una muger... mi mano es débil... La vista de la sangre me hace caer desmayada ; yo la he visto derramar una sola vez á mi mismo hermano , y aun me horrorizo de recordarlo. ¿ No bastará otra penitencia menos cruel ? Yo no tendré valor para levantar el puñal. ¡ Ah ! mandadme comer tierra , andar á rastra como la culebra...

-- Muger cobarde , ingrata al Dios que te dió el ser , yo no te mando nada : Dios me ordena que te hable de esta manera ; á él , á él solo debes darle tus que-

jas , á él debes reconvenir , que no á mí. Tu alma está corrompida y sin fé , y tú y tu hermano perecereis por haber desoído la voz del Omnipotente. A él solo, á él solo debes acudir por misericordia. Yo te abandono á tu ceguedad.

Diciendo esto la volvió la espalda y se alejó algunos pasos sin volver siquiera á mirarla. Benjamin , espantado con el lenguaje de su amo , no osaba decir palabra , no pudiendo comprender el fin que tenían sus discursos, mientras Elvira, fuera de sí y mirándole con los ojos desencajados , parecia haber perdido el conocimiento.

--¡ Oh , no me abandoneis , no me abandoneis , padre mio ! exclamó deteniéndole por el hábito. ¡ Ah ! yo soy una muger , nada mas que una muger , sin brio , sin ánimo para nada : ni aun lo tuve para resistir al placer de llorar con una amiga , única persona que vi despues de tres años en mi soledad. No lo he tenido para sufrir la penitencia que yo misma me impuse. Tened compasion de mí:

¿ cómo quereis que yo pueda derramar la sangre del poderoso? Perdonadme, pero yo mentiria si no os dijese que hay una voz en mi alma que me aconseja lo contrario de lo que me decís.

— Obedécela, pues, repuso el fingido fraile sin volver la cara separándola con aspereza: es la voz de tu debilidad, la voz del demonio. Sigue el camino por donde él te guia, y al fin de él te juntarás con tu hermano, sin que ni á él ni á tí os hayan aprovechado tus penitencias. A Dios.

— ¡ Oh! no, yo haré todo cuanto quiera Dios exigir de mí, exclamó Elvira; y cayó en el suelo sin señal de vida.

La compasion, ó tal vez el pensamiento de la utilidad que aquella desdichada fanática podia producir á la causa que defendia Abrahan, le hizo acudir á darla socorro viéndola en aquel estado, y tratar de volverla en sí. Sacó, pues, uno de aquellos milagrosos espíritus que solia llevar consigo, y en habiéndola untado las

sienes y aplicado á la nariz, se la vió recobrase poco á poco, abrir los ojos y arrancar un profundo suspiro.

-- Piedad, señor; tened compasion de mi debilidad, dijo poniendo los ojos en el cielo con un acento tan dulce que el judío, á despecho de su sangre fria, tuvo que apartar la cara á un lado para esconder una lágrima que á su pesar se desprendió de sus ojos, y hacer un esfuerzo para ocultar la sensacion que le habia causado. Pero reponiéndose al punto, y desterrando de su imaginacion el recuerdo penoso que aquella voz le traía, dijo:

-- Muger, anímate y cúmplase la voluntad de Dios. No mires tu miseria, sino el poder del que te ha escogido para que resplandezca la espada de su justicia en la tierra. Los reyes tiemblan á su nombre, y los montes inclinan delante de él su cerviz. *Forsitam enim indignationem suam abscindet et dabit gloriam nomini suo.* El tirano ha congregado sus gentes, miles de siervos suyos armados cubren ya

esta tierra con sus caballos de batalla, y ha caído el terror sobre el corazón de los hombres. El parricida se burla de la excomunion del pontífice, y desafía cara á cara al Omnipotente. *Iniquitatem fecimus.* Hemos llenado la tierra de nuestras iniquidades, y el Señor ha permitido á este Faraon que nos persiga; pero sus carros se hundirán en el abismo del mar, y no quedará rastro de él ni sus huestes. Dichosa tú, hija mia, una y mil veces dichosa tú, que quebrantarás el cuello del dragon, y que subirás á la mansion de gloria acaso con la brillante corona del martirio: allí junto al árbol de la vida beberás las aguas puras del eterno rio que fertiliza sus raices, ángeles y serafines te cantarán y bendecirán, tú acompañarás sus armoniosos cánticos en loor del Todopoderoso. ¡ Oh ¡ sí, vuela, ármate de fortaleza; Dios pondrá constancia en tu ánimo para que desprecies el riesgo, y segunda Judith hagas que el mundo, postrado y temeroso, reconozca que no hay mas que un Dios, que

es el Dios de tus padres. Ven, hija mia; tu rostro veo que se inflama, fuego divino arde en tus ojos; ya te anima el entusiasmo que ardió en el corazón de la débil Jael cuando con un clavo atravesó las sienas de Sisera. Esta es la última penitencia que cumplirás por tu salvación y la de tu hermano. El tirano está en su castillo. Yo mismo te guiaré y te fortaleceré hasta el momento de dar el golpe. Un ángel sin duda me ha traído aquí para anunciarte la voluntad de Dios. Ven, sígueme; despréndete de todo miedo, de todo sentimiento terreno, y tuyo es el triunfo sobre el infierno.

— Padre mio, respondió Elvira, yo me siento desvanecer, y me parece que veo ya la gloria que me prometeis; el mundo se desliza bajo mis pies, y en mi arrebató me siento elevar sobre las nubes hasta el empíreo. Vedlo, el universo rueda delante de mí, un rayo de luz ha iluminado mi frente, la espada del Dios de los ejércitos centellea junto á mí; sí, no hay duda, yo soy llamada por el Omni-

potente para asombrar al mundo con su justicia.

Los ojos de Elvira giraban á un lado y otro mientras hablaba, su voz habia tomado un tono imponente, su ademan tenia algo de sobrehumano y maravilloso, sus cabellos encrespados ondeaban como la cola de un caballo al escape, heria la tierra ya con un pie, ya con otro, levantaba los brazos, temblaba toda, y parecia que estaba demente. Era asi en efecto; los ayunos, las maceraciones y cilicios habian ya debilitado bastante su juicio, y hacia tiempo que imaginaba que veía visiones de ángeles y de diablos. Las últimas palabras del judío la acabaron de volver loca.

—¡Oh! sí, en el castillo de mi hermano está, prosiguió diciendo sin que Abrahan, que la miraba atónito, tuviese valor para interrumpirla: allí correrá su sangre por mi mano. ¡Oh! ¡sangre! ¡sangre! añadía con un gesto de horror, mirando fijamente su mano derecha. Pero yo soy una segunda Judith.

Y luego cantaba

 Mi diestra fortalece
 el Dios de Sabaoth,
 de acero impenetrable
 cercó mi corazon.

 Ved, ya he vencido,
 vedlo caer
 yerto á las plantas
 de una muger.

Chis... será menester mucho disimulo...
 él tiene muchos guardias consigo, pro-
 seguía bajando la voz y acercándose al ju-
 dío. Vamos, sí, vamos.

-- Modera, hija mia, tu entusiasmo:
 tú has dicho muy bien. Es preciso como
 Judith engañar á los que guardan á ese
 segundo Olofernes: tú como hermana del
 Castellano tendrás entrada al momento en
 la fortaleza; alli te retirarás adonde na-
 die te vea sino yo, y pasarás orando y
 ayunando tres dias. Entonces el angel del
 Señor te avisará.

 Mirábale Elvira sin pestañear mien-

tras hablaba, y luego que concluyó bajó la cabeza, y sin hablar ya mas palabra echó á andar junto á ellos camino del castillo de Cuellar, en donde ambos frailes entraron aquella tarde.



CAPITULO XXX.

¿Vos, Hernando, en Arjonilla? dijo Peransu-
rez cuando se vieron apartados del ventorrillo
todo lo que hubiera sido menester para no ser
de nadie entendidos.

*(El Doncel de don Henrique el Doliente; de
D. M. J. de Larra.)*

VOLVAMOS ahora á nuestro Zacarías,
que contando su dinero, y aunque no muy
satisfecho de Saldaña, alegre con su a-
ventura, caminaba á paso de lobo hácia
el campamento de los partidarios del nie-
to de Alfonso el Sabio. Ocupaba su ejér-
cito las llanuras que se estienden cami-
no de Segovia á la derecha de Iscar,
en una legua de circunferencia, donde
mil diversas banderas flameaban al aire
en las tiendas de los capitanes. Sobre
un cerro, cuya superficie plana daba lu-
gar bastante para establecer parte del
campamento, y que en medio de aquellos

llanos se levantaba como en un sitio de distincion, estaban las tiendas de los gefes principales, que trageron gentes de armas, y que usaban de enseña propia; y al rededor en las faldas de la colina y en la llanura se veían las de la tropa hasta perderse de vista por un lado y otro á lo lejos. Por una y otra parte rodeaban el campamento un número proporcionado de centinelas que en los parages mas elevados podian descubrir con facilidad cualquier objeto á la distancia mas larga que puede alcanzar la vista. A la puerta de las tiendas de los señores habia tambien una guardia, compuesta de soldados escogidos entre los que habia cada uno traído á aquella guerra consigo. Era la noche, el campo estaba en silencio, y solo se oía el grito del centinela ó el canto de algun trovador que al rayo de la luna entonaba dulces canciones de amor, ó se animaba con himnos de guerra para la batalla. La noche estaba serena, y ni una nube siquiera manchaba el terso velo de gasa que la diosa argentada bañaba con

su pura luz. Las tiendas del cerro á la sombra y en monton, parecian negros fantasmas que se habian refugiado alli huyendo de la claridad que despedia la luna. Nadie hubiera creido al contemplar la paz que reinaba en aquellos sitios, y la calma de la naturaleza, que al dia siguiente inundarian aquel pais lagos de sangre, se cubririan aquellos llanos de muertos, y que era en fin aquella tranquila noche la última que habian de contar muchos que en aquel momento se prometian quizá grandes triunfos y largos dias de gloriosa vida. Tal no pensaba empero el Castellano de Iscar, que deseoso de venir á las manos en un combate decisivo, velaba en su tienda cuidadoso de su honra, y meditando por esto los mejores planes que le parecian para poner en derrota á sus enemigos. Acompañábanle varios gefes, y en medio de la tienda sobre un tambor ardía una luz, á cuyo al rededor estaban sentados sobre unos groseros escaños. Dormian á la puerta, que estaba abierta por el calor, echados acá y allá en el suelo, los soldados

de guardia , reposando algunos de sus fatigas , y otros boca arriba mirando al cielo y silbando , mientras el centinela lentamente se paseaba.

--Par diez , exclamó el jóven señor de Toro , que no hemos tenido noticia del judío , ni ha llegado todavía el gefe de nuestros espías. No que uno ni otro me importen mucho , y si los han ahorcado no han hecho mas que morir como debian ; pero quisiera que por esta vez no les hubiese sucedido nada.

-- El ejército de don Sancho , decia un capitan viejo al de Iscar , consta de diez y ocho mil hombres , mas bien mas que menos ; el nuestro , aunque bastante numeroso , no cuenta arriba de ocho mil soldados aguerridos ; por lo que mi opinion es que nos fortifiquemos en nuestro campo.

--La mia no , repuso el de Iscar , porque el soldado se desanima cuando se le encierra , y es menester salir á recibirlos.

Hablaba el de Toro en secreto con

*

otro jóven que tenia al lado, y de repente interrumpió la conversacion de los dos gefes con una carcajada.

-- ¡Ja! ¡ja! Tendrá que ver el judío si lo ahorcan vestido de fraile: ningun grajo se llega á él, apuesto cualquier cosa; creerán que es un espanta-pájaros.

-- Podiais atender á lo que estamos tratando, dijo el viejo, y no estar pensando ahora en vuestro judío, que mal demonio le lleve.

-- ¡Ja! ¡ja! Si lo hubierais visto vestido de fraile como yo, juro á Dios que os habria hecho reir como á mí. Por lo demas, yo no me cuido de vuestra formalidad ni de lo que hablais, y quiero vivir alegremente hasta que llegue mi hora.

La llegada de Zacarías, que entró en este momento en la tienda, cortó la conversacion con un *Deo gracias* que hizo volver la cabeza á todos.

-- ¡Ja! ¡ja! Ya está aqui nuestro beato, dijo el de Toro. *Benitum in Domino nomine*, ó qué sé yo cómo se dice. ¡Hola!

costal de oraciones, buena alhaja, ya te habia yo creido en el cielo, ó por lo menos en actitud de volar hácia él colgado por ahí de un árbol.

-- Dios ha sido servido de mirar por su siervo, respondió Zacarías.

-- ¿Qué traes de nuevo? preguntó el de Iscar. Las tropas de don Sancho estan ya en marcha sin duda.

-- Mañana, siendo Dios servido, replicó el hipócrita, tendreis el gusto de verlas al amanecer.

-- Tanto mejor, gritaron todos menos el viejo.

-- ¿Y dime, preguntó el de Toro, has hallado en tu camino dos frailes franciscos que salieron de aqui esta mañana?

-- El Señor no me ha hecho la gracia de hallar á sus santos ministros en mi camino. Permitidme, prosiguió Zacarías dirigiéndose al de Iscar, que os haga en particular una comunicacion de suma importancia, y que solo debe ser oída de vos.

-- Nos retiraremos, dijo el veterano capitán haciendo intencion de ponerse en pie.

-- No hay para qué, respondió don Hernando; salgamos afuera, buen hombre, y me dirás lo que quieras.

Diciendo así se levantó de su asiento, y abrazando la espada salió de la tienda acompañado del villano Zacarías, que ejercía el mismo oficio en los dos ejércitos enemigos. A pesar de la oposicion que el noble don Hernando habia manifestado á que el Velludo con su partida auxiliase la revolucion, supo el astuto judío manejarse de tal manera que logró componer todo sin disgustarle, conviniéndose con los otros gefes, quienes los incorporaron entre sus tropas sin darle á él cuenta. Conocia apenas el de Iscar á Zacarías, habiéndole visto antes solo dos veces sin haber casi reparado en él, por lo que lejos de mirarle con odio le tenia por un mentecato fanático, que cuando más merecia su desprecio, que en alto grado le dispensaba. Salieron, pues, solos al

campo, marchando el de Iscar delante y á pocos pasos siguiéndole Zacarías, hasta que llegaron á un sitio apartado de los vigías, y en donde nadie podia oir su conversacion.

-- Bien estamos aqui, dijo; habla.

-- Loda sea la Providencia divina, exclamó Zacarías, que va á poner á vuestra disposicion el trono de Castilla.

-- ¿Qué dices? repuso asombrado el de Iscar: ¿es cierto? despáchate: habla.

-- El cielo protege por último la buena causa, y os entrega al tirano para que hagais de él á vuestra voluntad. *Utrum rex regum &c.*

-- Demonio, dí, y no andes con mas preámbulos.

-- Grande es el poder de Dios, que derriba el de los reyes. Ayer tarde cuando fui á espiar las intenciones del enemigo fui apresado, y fue la voluntad del Señor que me llevaran á la presencia del rey. Yo soy hombre veraz, y no diria una mentira por cuanto Dios crió.

-- Adelante; al grano, y no me impacientes.

-- Es, pues, el caso, *fama erat*, que el rey me preguntó dónde estabais vos, y tuvo el benéfico pensamiento de hacerme ahorcar, por lo que le prometí cuanto me quiso si perdonaba. Pero ya sabeis vos, *quod est dictum non est scriptum*.

-- Yo no sé latin, respondió don Hernando con impaciencia, y sino me hablas claro te arranco la lengua; prosigue.

— Pues señor, el rey me ofreció montes de oro si, como él decia, le entregaba yo al gefe de los rebeldes, en lo que convine.

-- ¡Como, pícaro!

-- Aguardad, señor; no fue más que una promesa, como antes dije en latin. Para esto quedamos en que él enviaria alguna gente á un parage donde yo os llevaria, en lo que convino al momento, y me repitió sus ofertas; pero yo, que como todo el mundo sabe quiero mas mi virtud que cuantas...

-- Adelante.

-- Pues sí señor, aparenté convenir, aunque le puse algunas dificultades, y solo pensé en servir la santa causa que Dios me manda que sirva. Buen latin os perdeis por no dejarme hablar en otra lengua que la mia. Díjele que yo os amaba sobremanera, en lo que no mentí, y que aunque estaba dispuesto á entregaros, temia no obstante por vuestra vida, y que si él no me daba una seguridad de que nada os sucederia, estaba determinado á perecer primero que cometer tal infamia, que Dios no permita. Entonces me aseguraría orden al gefe de la emboscada para que os respetase como á su misma persona; pero habiendo yo insistido en mi duda, quedó pensativo un momento y dijo: *Está bien: quiere decir que yo mismo empezaré y acabaré la guerra en un dia;* y me prometió venir en persona. Salí de alli, despues de concertar con él el sitio y la hora de vuestra entrega. Escondíme, observé los pasos de todos, y si teneis el ánimo que en tantas ocasiones habeis probado, esta noche en cambio voy á en-

tregaros el rey. Está en un pueblo aquí cerca sin guardias apenas, habiéndose adelantado del ejército, y la emboscada está puesta no lejos de allí: esta noche despues de media noche estan creidos que habeis de ir conmigo: sino os atreveis, capitanes hay en vuestro ejército que aceptarán con gusto...

-- Villano, interrumpió el de Iscar, ¿osas tú decirme que sino me atrevo?

Quedó pensativo un rato y dijo:

-- ¿Qué seguridad me das tú de que es cierto lo que dices?

-- Mi juramento...

-- No basta; pero no importa, tu vida me responderá; vendrás conmigo.

-- Pensad que Dios os entrega un rey, y...

-- ¿Qué gente piensas que lleve?

-- Poca y buena, respondió Zacarías. Dios ha descubierto las maquinaciones de los impíos, y...

-- Está bien; sígueme.

Dicho esto echaron á andar, y habiendo vuelto á la tienda llamó á Nuño,

que estaba mandando la guardia, y le dijo lo que pensaba.

— Habrá bastante con cincuenta hombres, repuso Nuño, y llevaremos atado al guia. Ya os he dicho mil veces que no debeis fiaros tanto de vuestro valor, porque como decia vuestro padre...

— Mi padre decia muy bien, pero lo que ahora importa es que nos despachemos, que no faltan mas que dos horas.

Y el buen Nuño se apartó, y tomando la gente que le parecia mas granada, volvió adonde estaba ya su amo á caballo aguardándole lleno de orgullo y contento, pensando nada menos sino que iba á hacer prisionero al rey.

— Buen hombre, le dijo Nuño al espía, ven aqui junto á mi caballo: al menor movimiento que hagas que me descubra tu traicion, mueres.

— Yo solo confio en el Señor Todopoderoso, Padre nuestro &c.; y echó á andar al parecer con serenidad, procurando todos no meter ruido, y saliendo sin alarma ni dar nada que sospechar.

CAPITULO XXXI.

El ominoso Marte, que preside
á la sangrienta lid con ceño airado,
la frente de laureles va ciñendo
al que vuela sañudo
los campos de cadáveres cubriendo.
Impune hiere el bárbaro asesino
y tranquilo se goza en sangre humana
retiñendo el puñal de muertes lleno,
y asesinando vive
alumbrándole el sol que alumbra al bueno.

(A la muerte de una niña: D. J. B. Alonso.)

AL arma, al arma, resonaba el campo
de los partidarios al romper el día, y al
espantoso estrépito de sus instrumentos
guerreros correspondían con no menos
estruendo los de un numeroso ejército que
marchando hácia ellos como á tres tiros
de flecha se descubría. Pero bien pronto
hizo alto, y varios cuerpos de caballería,
armada ligeramente, salieron de entram-
bas alas á campear, mientras los contra-

rios del rey se presentaron en batalla con bastante serenidad é imponente aspecto, poniendo en las primeras filas á sus flecheros, que armados los arcos y colocados los cuerpos en actitud de tirar, solo aguardaban á que el enemigo se acercase para llenar el aire de un diluvio de flechas. A pesar de esta aparente firmeza, la falta de Hernando de Iscar, á quien no habia visto nadie desde su expedicion de la noche antes, daba mucho cuidado á sus amigos, y habia introducido cierto temor y desconfianza en la tropa. Los veteranos de Iscar no hacian sino preguntar por su gefe, y echando de menos entre ellos á algunos de sus compañeros de armas que habian marchado con él, no se atrevian á pensar si sería algun estratagema de don Hernando, ó si le habria acaecido algo desagradable, inclinándose generalmente todos á lo peor. Pero quien sobre todos estaba inquieto era el cantor, que habia ido uno tras otro preguntando á cuantos habia encontrado por su señor, y que ahora montado en

su buen caballo ocupaba su puesto gallardamente entre las pocas lanzas que componían la fuerza casi total de la guarnición de Iscar. La distancia á que se hallaban unos de otros no permitía reconocer los gefes contrarios, puesto que un guerrero del ejército del rey que galopaba entre las filas, y que á lo lejos parecía un fantasma negro, medio polvo y medio aire, cualquiera habria creído que era Sancho Saldaña.

— Dónde diablos iría anoche el señor de Iscar, decía el viejo capitán en un corro en que algunos gefes se habian reunido, frunciendo las cejas y al parecer no muy satisfecho.

— No hay miedo, repuso antes que ninguno el de Toro, que si se fue con Zacarías no se lo llevará el diablo.

— Antes creo yo, dijo otro, que Zacarías y el diablo son una misma persona.

— Pues sentiría que lo hubiesen matado, dijo el viejo retorciéndose con mucho despacio el bigote entrecano, cu-

yas puntas caídas le rodeaban la barba.

— Pues si ha muerto, dijo el de Toro, cómo ha de ser. Al que se muere lo entierran, ó se lo comen los cuervos.

— ¡A las armas, señores, que ya se empiezan á cruzar flechas!

— El que caiga que aguante, dijo el aturdido de Toro; hasta la vista.

En efecto habian abanzado ya ambos ejércitos á menos de tiro de flecha, despues de algunas ligeras escaramuzas entre los campeadores, que fueron reñidas con bastante igualdad sin que la victoria quedase por ningun lado. Fue tanta la multitud de saetas que se arrojaron, que puede decirse sin mentir con cierto poeta antiguo

que el sol en aquel dia
la batalla miró por celosía,
puesto que muchas se deshicieron encontrándose unas con otras en su carrera. Algunos soldados y varios caballos cayeron víctimas de este primer ensayo. Duró este simultáneo flecheo cerca de media hora. Sancho Saldaña, que era en efecto

el caballero de la negra armadura, se retiró á una altura, desde donde veía la batalla pacíficamente á caballo, y reposando sobre su lanza un guerrero de ojos de águila, cuyo casco ceñido de puntas de acerado hierro, y cuya rizada melena que por sus armados hombros se desprendía, daban á conocer al rey. Estaba rodeado de algunos otros caballeros que ya conoce el lector, y en su rostro brillaba cierta marcial alegría con cierta mezcla de ferocidad que realzaba la fisonomía enérgica de su semblante. Saldaña parecía tambien menos tétrico, y su buen page el atildado Jimeno no ignoraba el por qué. Un hombre alto y seco que llevaba atado á la cabeza un lienzo blanco, teñido sin duda en su propia sangre, muy devoto de ojos y con palabras melosas, corria detras de ellos rogando, á lo que parecia, le diesen algun dinero siquiera para curarse la herida que en su servicio habia recibido. Algunos cuerpos de caballería que se divisaban confusamente á lo lejos acá y allá por el campo: tales eran los

grupos parciales que por aquel lado se distinguían aparte del gran cuadro que el total del ejército presentaba.

La misma perspectiva poco mas ó menos ofrecía el de los partidarios, solo que al extremo del ala derecha, que apoyaba en un enmarañado bosque de pinos, se veía una porción de tropa suelta independiente al parecer del ejército, y que en número de doscientos á trescientos hombres obedecían al Velludo. Llevaba éste su gente en dispersion, habiéndoles mandado ocultarse como mejor pudieran, con intencion de flanquear el ejército de don Sancho, y caer sobre él de repente, para lo cual habia ya combinado su marcha con los movimientos de la fuerza principal. Deslizábanse sus soldados escondidos entre los árboles, rodeando el bosque con intento de colocarse en posicion de acometer al enemigo ventajosamente, y el Velludo, acompañado del catalan y del veterano Tinieblas, marchaba en acecho observando las maniobras de ambos ejércitos.

— Por la Virgen de Covadonga, mil diablos me lleven si sé yo lo que hace Zacarías ahora hablando con Sancho Saldaña.

— Voto á Deu, respondió el catalan que non es pas bueno repicá y aná en la procesion, y ahora que nos van rompiendo el cap puede Mosen Zacarías estar acá.

— Mucho me engaño, replicó el Veludo, si ese pícaro hipócrita que Dios confunda no nos ha vendido y ha entregado en poder de Sancho Saldaña al señor de Iscar. Lo cierto es, que anoche fueron juntos á una espedicion, segun se dijo de mucho riesgo, y él está allí y don Hernando no ha parecido.

— ¡Cómo! respondió Tinieblas con su gravedad acostumbrada: un hombre tan santo como Zacarías, y que ha vivido tanto tiempo con gente como nosotros, es imposible que haya cometido semejante infamia. El de Iscar habrá sido herido ó muerto en la refriega, y él tal vez esté prisionero.

— Miren, miren, exclamó el catalán, que tins un chirlo sin duda.

— Asi es, respondió Tinieblas, que lleva un pañuelo en la cabeza todo empado en sangre.

— A pesar de eso, dijo el Velludo meneando la cabeza, me atrevo á jurar que nos ha vendido como á un mal caballo por cualquier cosa. Pero, hola, las trompetas tocan ya la carga: ved, aquel es el rey; el de Lara y Saldaña van á su lado; tambien va alli otro rehecho y pequeño con un hacha de armas como la mia. Tambien los nuestros van bien; el de Toro, que está siempre riéndose; ¿pero quién es aquel muchacho que se adelanta de todos y parece que quiere él solo decidir la batalla? juro á Dios que creo que es Usdrobal. Él es, él es, que se ha pasado sin duda á los nuestros. ¡Hola! alli va el veterano Gutierrez, el capitan de los aventureros de Saldaña, con el bigote goteándole vino. ¡Ea! ya desaparecieron entre el polvo que levantan los caballos en la carrera. A ellos, á ellos, valientes caba-

*

llos, buen ánimo. Catalan, reúne tú esos muchachos, que ya es tiempo: á ellos.

Y diciendo así reunió su gente y echaron á andar á pasos precipitados, deseosos sobremanera de llegar á las manos con sus enemigos. Era la caballería del rey mas numerosa y mejor, por lo que tuvieron la ventaja en este primer encuentro, y los partidarios de Lacerda perdieron terreno, aunque no por eso los buenos caballeros que allí venian perdieron su buena fama. Antes bien, revolviendo los caballos con nueva furia, embistieron en los reales con tanto brio, que los obligaron á ceder á su vez, y en una y otra acometida rodaron por el suelo muchos caballos con sus ginetes, y el campo se llenó de armas, muertos y heridos de ambas partes. Confundíanse todos en aquella espesa revuelta, y entre el polvo, el estruendo de las armas, los gritos de los heridos, la vocería animosa de los combatientes, hubo algunos minutos de tal confusion, estrépito y polverío, que no po-

ñian verse ni oirse. El calor y la fatiga suspendieron por último la batalla, y como de comun consentimiento los contrarios escuadrones quedaron fijos en sus puestos por algun tiempo mientras tomaban aliento. Entonces fue cuando se vió el hacha de armas del rey bañada en sangre hasta el mango, Sancho Saldaña hollando cadáveres con solo un pedazo de lanza en la mano, y el de Lara y Salcedo con toda su armadura aboyada. Andava el de Toro y los otros gefes de los revoltosos no menos encarnizados repartiendo golpes á diestro y siniestro, y derribando un enemigo en cada embestida. El viejo capitan consejero del de Iscar habia probado aquel dia que aunque tan prudente en el consejo, no era menos resuelto en el campo; pero el sobre todos intrépido era el guerrero que el Vellido habia creído Usdrobal, y que despues de muchas hazañas dignas de eterna memoria habia peleado y derribado cuerpo á cuerpo, habiéndole muerto el caballo, al lindo page de Saldaña, que cayó sin sentido en tierra. La primer intencion del

desconocido cuando vió á su enemigo en el suelo fue apearse de su caballo y clavarle en el pecho la *daga de misericordia* que llevaba al cinto y de que echó mano, pero se le interpusieron tantos contrarios en un momento, que hartó hizo con defenderse. Entonces, viéndose rodeado por todas partes, tiró la lanza y empuñó la espada, y metiendo espuelas á su troton al mismo tiempo, rompió, como una nave la ola que la embiste, por medio de todos, barrenando el pecho á uno de paso y llevándole á otro las riendas del caballo de una cuchillada.

— Por vida de... que nos hace falta Hernando de Iscar, decía el veterano.

— Buen ánimo, muchachos; no hay que retroceder, gritaba el de Toro.

Pero en este momento una espantosa gritería se levantó á espaldas del ejército del rey, y como un río que sale de madre se desbandaron á un lado y otro las tropas, empujándose, atropellándose, y esparciéndose precipitadamente y en montón

por el campo, embestidos y apretados por retaguardia.

— El grito de *á ellos, que huyen*, resonó á un tiempo por todas partes en el ejército de los Lacerdas, y como una bandada de langostas se arrojaron en desorden sobre el enemigo. En vano el rey, Sancho Saldaña, Lara y los otros capitanes trataron de reanimar el espíritu de su gente y rehacerlos: en vano en medio del enemigo daban el ejemplo combatiendo como valientes; sus gritos y exhortaciones se perdían entre las voces que acá, allá y en todas partes sonaban de *somos perdidos, que nos cortan*, y otras de tanto desánimo y cobardía. Todos huían; atropellábanse unos á otros; el terror había penetrado en el corazón de los más intrépidos; muchos maltrataban á sus amigos porque intentaban detenerlos; el trastorno y el miedo habían llegado á su colmo, y cargados á un tiempo de frente y por la espalda donde el Velludo había primero introducido el desorden, hallábanse adonde quiera que revolvían con las

afiladas espadas de sus enemigos. La angustia de la estrechez, la desesperacion de la fuga sucedió en un instante á la arrogancia y la osadía del valor, y en tan horrible conflicto, sin atender nadie á las órdenes de su capitan, cada uno procuraba salvarse como podia, sin curarse ya de la honra con tal de guardar la vida. Corria furioso el rey acompañado de Salcedo y Lara, la espada en alto haciendo rostro á los suyos y á sus contrarios, y á unos y á otros maltratando y matando cuanto encontraban.

— A ellos, gritaba el de Toro, que por aquella parte capitaneaba, viendo á su gente que retrocedian aterrados de los tremendos golpes de los tres guerreros que habian logrado mantener todavía algunos pocos en orden.

— Voto á Santiago, cobardes, que huís de un hombre solo como si vuestras espadas fuesen de lana: dejadme solo, que por el sol que le he de quitar la gana de comer antes que él nos quite la honra. ¡Caterva de villanos, fuera! Amigo

mio, le dijo al guerrero desconocido sígueme.

Y diciendo y haciendo, sin mirar si le seguían ó no, se afirmó en los estribos, inclinó el cuerpo, enristró la lanza, y salió á escape á encontrar con el rey, que no menos animoso partió el camino y se apresuró á recibirle. Acometiéronse con igual impetuosidad, y las lanzas se hicieron mil astillas en el encuentro. Pero echando el rey mano á la espada en aquel momento sin volver su caballo para tomar carrera, ni cubrirse con el escudo, la rodeó con ambas manos por la cabeza, y dirigiéndola sobre el yelmo de su contrario, que aun estaba aturdido del primer encuentro, la descargó con tanta furia y en tan buen punto, que el casco y la cabeza cayeron divididos á un lado y otro, saltando acero, plumas, sesos y sangre á mas de una vara de distancia, y cayendo en seguida el mutilado tronco del desventurado de Toro sobre la arena.

Apareció entonces el Velludo pie á tierra, con su formidable hacha de armas

chorreando sangre, al frente de su escasa tropa de foragidos que habian puesto en tanto desorden aquel ejército. Habia atravesado para llegar hasta allí por entre miles de lanzas y espadas combatiendo sin descansar, hiriendo y matando, y llevando el terror y la muerte por donde quiera, hasta el punto de haber casi dado la victoria á los de su partido. Venia el catalan á su lado, con los ojos encarnizados y el gorro de cuero calado hasta las cejas, manejando su espadon y echando un voto á Deu á cada golpe que descargaba. Pero una desmandada saeta que acertó á venir silbando, disparada de alguna cobarde mano, puso término á su vida atravesándole la garganta de parte á parte, de modo que apenas pudo acabar de decir su acostumbrado juramento, cortándole la palabra al mismo tiempo que le derribó en el suelo sin movimiento: hallábanse ya en demasiado apuro no obstante el rey y los pocos que le seguian á despecho de su valor, y la batalla se habia decidido en favor de los partida-

rios. Solo ellos peleaban, mientras los demás huían ó perecían al filo de la espada enemiga; el desorden crecía en aquellos á la par que el valor en estos, y era mas que probable que Sancho el Bravo y sus caballeros cediese al fin al número de los que sin darles un instante para respirar los acometían, acosaban y perseguían.



CAPITULO XXXII.

Ya vencedor, ya vencido,
se ve cada cual á instantes

.....

Con mas enojo acometen
y con brazo mas pujante,
espumarajos vertiendo
silenciosos y tenaces.

ERA Sancho Saldaña demasiado buen capitán para no haber dejado algunos cuerpos de reserva con que volver al combate en caso de una derrota, por lo que metiendo espuelas á su caballo, y desesperado de rehacer aquellos cobardes, trató solo de renovar el combate con nuevas fuerzas. Luego que llegó á la izquierda del camino que va desde Segovia á Cuellar, donde habia dejado unos dos mil caballos, mandóles que le siguiesen, se puso al frente de aquellas tropas, y á todo galope volvió al sitio de la pelea. Estaba ya

el ejército rebelde tan confiado en su triunfo, que sin cuidar de otra cosa que de perseguir á los fugitivos, se hallaban desbandados y sin orden, impelidos del ardor que hacia que cada uno obrase aisladamente, y guiado solo de su valentía. Los pocos parciales combates que acá y allá sostenian con los mas bravos que preferian la muerte á la fuga no hacian sino aumentar el desorden, acudiendo cada uno adonde su propio instinto le llevaba creyéndose mas necesario. Veíanse algunos grupos arremolinados peleando aqui y allí, huía acullá un caballero seguido de dos ó mas que le iban á los alcances, corrían á rienda suelta en monton muchos otros vencidos y vencedores confusamente, y algunos heridos y caidos luchaban todavía en el suelo unos con otros, á par que con las agonías de la muerte. Tal era la situacion de ambos ejércitos cuando llegó Saldaña. Venia delante de las tropas que conducia, gritando con voz de trueno á los fugitivos que se detuviesen, y procurando asimismo que se formasen á retaguar-

dia. El primero que ordenó su tropa fue el veterano Martin Gutierrez, que dió aquel dia repetidas pruebas de ser tan valiente en la guerra como fanfarron era en paz, y que habia logrado mas de una vez contener el ímpetu del enemigo. Un clamor general de alegría en los unos y de sorpresa en los otros fue la señal de la llegada de aquel inesperado socorro, y las trompetas de los rebeldes empezaron á tocar llamada.

Estaba Hernando de Iscar prisionero desde la noche anterior en el campamento de don Sancho con su buen Nuño, que asimismo habia caido en la red que habia tendido á Hernando el hipócrita Zacarías. Persuadido que iba á decidir la suerte de la guerra si el rey caía en su poder, habia formado el señor de Iscar cuantas medidas de seguridad creyó necesarias para el logro de su empresa; pero guiado en todas ellas por Zacarías, tuvo éste buen cuidado de que todas fuesen inútiles. El orgullo de ser él solo quien acabase con tan acertado golpe una

guerra cuyo término parecia tan dudoso deslumbró al intrépido Hernando, que cayendo con sus cuarenta ginetes en una emboscadura, dispuesta ya de antemano, se halló rodeado de pronto por mas de trescientos hombres, quienes despues de un muy reñido y obstinado combate se apoderaron de su persona. En vano fue alli el valor y aun la temeridad, porque ahogados por el número de sus contrarios nada pudieron hacer sino morir matando, habiendo quedado tendidos noblemente en el campo casi todos los veteranos de Iscar, Hernando herido malamente en el brazo derecho de una estocada, y Nuño, que habiendo perdido el caballo cayó en tierra y al punto fue aprisionado. Tuvo el buen viejo no obstante la fortuna de abrirle á Zacarías la cabeza al momento que fueron acometidos, aunque el hipócrita evitó en parte el golpe derribándose en el suelo en el mismo instante, por lo que llevaba sin duda liado el lienzo blanco de que hemos hecho mencion. En resolución, Jimeno, que mandaba aquella

emboscada, no dejó nada que desear á su amo, habiendo aprisionado al de Iscar, que era el blanco de sus deseos, puesto que le costó perder treinta ginetes de los mejores. Hablábanse amo y criado, prisioneros ahora en una torre perteneciente al señor de Cuellar que á un cuarto de legua del sitio de la pelea, sobre una albarra, se descubria, y habian visto con el ansia y la inquietud que facilmente puede imaginarse los sucesos de la batalla. Hubieran deseado tener alas para volar al combate, y no pudiendo hacerlo daban voces y órdenes desde alli como si pudieran los de su partido oirlas y obedecerlas. Desesperábase Hernando al verse encerrado, y mas de una vez habia tratado de arrancar la reja para arrojarse; pero los hierros eran demasiado fuertes y estaban muy asegurados para ceder á las fuerzas de un hombre, y no tenia otro recurso que sufrir pateando el suelo, apretando los puños y rompiendo á cada instante el vendaje que le cubria la herida, á pesar de los respetuosos esfuerzos

de su fiel Nuño , que en vano trataba de sosegarle. No estaba éste menos descontento que su amo ; pero su sangre , mas fria ya por los años , le hacia mirar todo aquello como un acontecimiento natural en la guerra , por lo que llevaba su encierro con mas paciencia.

-- En el año de 1248, decia, cuando caí yo cautivo en la batalla de...

-- Por Dios , Nuño , que os dejeis ahora de cuentos : estamos aqui mordiendo la cadena como unos perros , y me venís ahora á contar historias.

-- Iba á deciros, repuso Nuño con calma, que aquel dia me sucedió poco mas ó menos lo que nos sucede ahora, que estuve mirando desde lejos la zarra-cina, como el hortelano que desde la ventana de su casa ve á los chicos que le roban la fruta del huerto , y se tiene que contentar con dar voces para espantarlos. Bien lo sabia vuestro padre que...

-- Por vida mia, exclamó el de Is-car, que agarrado fuertemente á la reja no atendia ya á lo que le hablaba su ser-

vidor, por vida mia que la victoria es nuestra, y que los enemigos van de vencida. ¡Allí está el rey! Buen golpe le ha tirado al de Toro: me parece que él es el caído. No importa: ¡buen ánimo! ¡valerosos caballeros! ¡á él! Ya huyen; si yo estuviera allí... ¡vive Dios! Los pocos que siguen al rey son los únicos que resisten. Venga una lanza. ¡Cobardes! Diciendo así asió de Nuño con la mano izquierda con tanta fuerza, que se lo trajo sin mirarle medio arrastrando á la reja, é interrumpió su discurso, que llevaba trazas de no acabar en un año.

-- ¡Qué mas quisiera yo, señor, dijo á su amo, que poderos dar esa lanza que me pedís! pero no hagais esas fuerzas, porque vais á lastimaros la herida.

-- Valientes caballeros, prosiguió Hernando sin oírle: ¡á ellos! ¡la victoria es nuestra! ¡Que no estuviera yo allí! Acordaos de la gloria que nos espera.

-- Decís bien, dijo Nuño asomándose á ver lo que sucedia; el rey va á caer prisionero: allí le veo rodeado de diez ó doce;

pero es preciso confesar que pelea como un segundo Perez de Vargas. ¿Pero qué polvareda es esa?...

-- ¡ El rey ha caído! exclamó el de Iscar: no, no ha sido él, ha sido otro: apenas se ve. ¡ Por la Virgen! ¡ Mil diablos!

-- Sí, todo eso es verdad; pero mirad por aquí á nuestra derecha la tropa que les va de refresco, que van como alma que lleva el diablo, y me acuerdo que el año...

-- ¡ Maldicion! gritó el de Iscar volviendo la vista hácia donde Nuño le señalaba. ¡ Somos perdidos si aquellos villanos huyen! Es algun cuerpo de reserva que tenian preparado. ¡ Y yo estoy aqui! ¡ Muerte y condenacion! Los van á acometer, y en el desorden en que estan los nuestros van á hacerlos pedazos. Si yo pudiera ir á avisarlos, si me oyeran... ¡ pero qué! estas malditas murallas sufocan mi voz, y no la oiría un hombre que estuviese ahí abajo. No hay remedio: somos perdidos.

Diciendo asi echó á andar por el

*

cuarto á pasos precipitados, la cabeza baja, los ojos ensangrentados, y contraindo el semblante como si estuviera loco, dando de tiempo en tiempo una vigorosa patada al pasar en la robusta puerta de encina, tachonada de clavos que con cien candados los encerraba. Bajó asimismo Nuño los ojos, y quedó pensativo un rato.

— ¿Los ves? ¿los ves? gritó Hernando volviendo de nuevo á la reja; ya estan envueltos; las tropas del rey se rehacen. ¡Caballeros, si teneis en nada la honra, pelead por la vida al menos! ¡Malsines! ¡Canalla! ¡Ya se trocó la suerte, y son los nuestros los derrotados! Voto va... ¡Firmes! Ya vuelven. ¡Valientes capitanes! ¡buen Aguilar! ¡animoso Vargas! vosotros sois la nata de la caballería: primero morir que volver la cara; pero ya retroceden, no pueden resistir el ímpetu de aquellos tres caballeros que siguen al mal hijo de don Alfonso. Caí-gale la maldicion de Dios. Daría lo que me resta de vida por medirme con ellos.

Los nuestros caen, todos huyen, y allá van todos envueltos y confundidos.

-- ¡Cómo ha de ser! respondió Nuño; mañana será otro día: hemos perdido la batalla.

-- Y yo mi honra, mi hermana y mi causa, añadió Hernando levantando los ojos al cielo desesperado; y yéndose á otro lado de la habitacion mandó callar á Nuño, que era sin duda la persona menos á propósito para consolarle entre cuantas su mala suerte podia haber asociado con él.

En esto los últimos rayos del día se escondieron en occidente, y la luna con su pacífica luz empezó á subir por el horizonte. Pero la escena que iluminaba esta noche estaba muy lejos de parecerse á la que la noche anterior presentaban aquellos campos. Corria cierto airecillo frio que mecia á lo lejos en la oscuridad algunos girones de banderas rotas, varias esparcidas plumas, y el eco repetia los lamentos de los moribundos, que confundidos entre los muertos se arrastraban con penosa agonía. Las tiendas de los ge-

ses estaban caídas, muchos de ellos muertos, las orgullosas enseñas de su nobleza rasgadas, y desfigurados sus blasones. Veíanse caballos amontonados sobre caballos, hombres sobre hombres; y al pálido resplandor de la luna, algunos cuajada la sangre en el rostro, la boca entreabierta y los ojos desencajados, parecían las imágenes que suelen rodear el lecho del moribundo en el delirio de su última hora. Todo era luto y desolacion allí, donde poco antes todo habia sido movimiento y vida. La algazara de la batalla habia cesado enteramente, y el silencio y el horror de la muerte reinaban en aquellas ensangrentadas llanuras: ni aun se oían los cánticos del vencedor, y solo allá á mucha distancia se descubrian algunas hogueras y sombras que se cruzaban, y el brillo tal vez de alguna arma, ó de tal cual exhalacion que al punto desaparecia.



CAPITULO XXXIII.

.....
 Y en ciego desvarío
 lánzase á la virtud , lánzase al crimen.
 (*De don Ventura de la Vega.*)

ALGUNOS dias despues de esta reñida batalla volvió Sancho el Bravo á descansar en Cuellar de las fatigas de la guerra, habiendo puesto guarniciones en algunos castillos de los señores que habian tomado parte en la rebelion, demolido otros, y reducido á la obediencia aquella parte de Castilla que primero habia tomado las armas. Solo el Velludo, que en la derrota de aquel dia, fatal para los conjurados, habia logrado salvarse, andava aun por aquellos contornos con su partida, burlando la vigilancia de las tropas reales, y algunas veces molestándolas y causándoles descalabros que, aunque de poca consecuencia, obligaban á tener to-

avía mucha gente ocupada en su persecucion. Seguía prisionero Hernando aguardando la muerte con resignacion, no dudando que, asi como los otros señores que habian caido bajo el poder del rey, sería declarado traidor y acabaria su vida en un cadalso para escarmiento de los que en adelante intentasen seguir su ejemplo. Su conciencia no obstante estaba tranquila, y el nombre de traidor en aquella ocasion le parecia que iba á añadir nuevos timbres á los adquiridos honrosamente por sus abuelos. Solo le molestaba y entristecia el pensamiento de la suerte que quizá esperaba á su desvalida Leonor, si ya no era tanta su desgracia que se hallase deshonorada y envilecida. Pero la persona mas digna de compasion entre los habitantes de la fortaleza de Cuellar era Elvira, que aconsejada del judío únicamente, y encerrada en su habitacion, sin ver otro hombre que él, habia perdido el juicio, de modo que solo y para mayor desventura lo recobraba á intervalos, luchando entouces entre el fanático y cruel deber

que se habia impuesto á sí misma, y los sentimientos dulces y generosos de su corazon, creyéndolos al mismo tiempo un delito, y no saliendo de este terrible combate sino para volverse loca y delirar lastimosamente. El implacable judío, sin pensar en mas que en el buen resultado que la muerte de Sancho el Bravo debia producir en favor de don Alfonso Lacerda, habia agotado todos los recursos de su elocuencia bíblica, y empeado todo su ingenio para encontrar sofismas con que persuadirla á cometer un asesinato. La cabeza volcánica de Elvira estaba asaz dispuesta á recibir las impresiones que el supuesto fraile intentaba grabar en ella; y si el aventurado golpe de matar al rey no se habia verificado ya, habia sido porque la tarde en que los dos judíos y ella entraron en el castillo, fue la misma en que el rey y sus tropas juntamente habian emprendido su marcha contra los rebeldes.

Su vuelta ahora al castillo iba á proporcionar nueva ocasion al judío para

realizar sus proyectos. Cualquiera otro no obstante que se hubiera hallado en su lugar habria tratado ya de fugarse abandonando todo al ver perdida tan completamente su causa; pero el judío era har- to tenaz y tenia demasiada confianza en sí mismo para ceder al primer golpe contrario de la fortuna, determinado una vez á desafiarla y vencerla, fortaleciéndose tanto mas su valor cuanto mayores dificultades hallaba. Habia entrado en el fuerte valido de su hábito franciscano, despues de haber pedido permiso á Saldaña para permanecer en él por algun tiempo, asi como el otro religioso su compañero, de quien supuso que estaba enfermo. El supersticioso Saldaña titubeó un momento en concederle la entrada, temiendo que viniese á maldecirle y á anatematizarle por sus pasados delitos; pero luego que vió que el astuto fraile le prometia indulgencia y la gloria si hacia aquella obra de caridad que le pedia, creyendo que por aquel camino quizá podria sosegar su sobresaltada conciencia

les dió permiso para permanecer el tiempo que les pareciese bien en su fortaleza, muy ageno de sospechar el aspid que habia abrigado. El carácter de sacerdote que habia tomado inspiraba demasiado respeto para que nadie intentase oir sus diálogos con Elvira, y mucho mas no teniendo motivo alguno para desconfiar de él, y proporcionándole su hábito entrada en todas partes, menos en la habitacion de Leonor, donde sin duda de miedo de alguna reprension religiosa habia mandado Saldaña que se la negasen.

Celebraban ya en el castillo la vuelta del rey y las victorias que habia alcanzado, y todo era algazara, gustos y regocijo en sus habitantes. Veíanse coronados los cerros é inundados los llanos de labradores, soldados y mugeres, juntos en diferentes corrillos. Bailaban alli, allá comian y bebian, acullá jugaban á las bochas, tiraban la barra, luchaban ó ejecutaban peligrosos equilibrios que ofrecian materia de abundante risa á los espectadores con las caidas de los poco dies-

tros que se aventuraban á desnucarse. Iban, venian de un lado á otro incesantemente, la diversion seguia, y todos habian olvidado ya las fatigas de la guerra, las muertes de sus amigos y los riesgos á que tal vez el dia antes habian estado ellos mismos espuestos. La mañana estaba templada, el aire puro y el cielo alegre, todo lo cual realzaba y animaba el júbilo natural en los vencedores.

En un mirador de piedra de forma ojiva que daba á la espaciosa esplanada brillaba la reina adornada y engalanada soberbiamente con ricas joyas y pedrería, acompañada de sus damas, poco menos magníficamente vestidas, atrayendo á la luz de su hermosura las miradas de los caballeros que en la esplanada torneaban gallardamente. Pero como ya se ha descrito muchas veces este género de pasatiempos, y nadie ignora en lo que consistian, nos contentaremos con decir únicamente que el torneo duró hasta las dos de la tarde desde las ocho de la mañana, en cuyo tiempo hubo muchos encuentros

que merecieron los aplausos de los circunstantes, y en que algunos caballeros ganaron honra y otros perdieron la silla y fueron declarados vencidos. Mostrábanse empero todos alegres, y aun el mismo Saldaña pareció más animado que ningún día. Luego que la reina, también reina del torneo aquel día, mas por adulación que por verdadero mérito, puesto que otras había mas hermosas, repartió premios á los vencedores y se hubo concluido el torneo, el rey y los caballeros acompañaron las damas al principal salon del castillo, donde les aguardaba un brillante festin en diferentes mesas cubiertas de ricos manjares y servidas por un sin número de criados y pages aderezados galanamente. Faltaba allí no obstante el pulido Jimeno, á quien negocios que averiguaremos despues traían sin duda muy ocupado. Varios juglares y trovadores, á cuyas canciones y música era muy aficionado el rey, entonaron algunos himnos en alabanza suya y de los hermosos ojos que estaban adornando el

banquete. Sancho el Bravo, para quien no habia belleza comparable á la de su esposa, celebró asimismo en muy delicadas trovas su virtud y sus gracias, dando á conocer que si esgrimia la espada como el mas diestro, no pulsaba el laud con menos habilidad. Varios caballeros propusieron diferentes brindis á la gloria de los valientes y en honra cada uno de la dama de sus pensamientos. Solo Saldaña parecia algo taciturno y melancólico en medio de tantos alegres, pero como su humor era ya conocido de todos, el rey le dirigió la palabra varias veces, y aunque él le contestó secamente nadie hizo alto ni por eso se interrumpió la alegría. Pero otro acaecimiento de mucha mas consecuencia iba aquel dia á turbar el general regocijo, y acaso á convertir los placeres de la tarde en llantos y las ricas galas en luto. Tiempo hacia ya que el atrevido judío hablaba á puerta cerrada con la infeliz Elvira, disponiéndola en aquel instante á cometer un crimen, abusando de su fanática credulidad.

Hallábase Elvira en uno de aquellos accesos de locura en que el mentido religioso habia logrado ponerla. Su rostro, generalmente pálido, parecia un hierro encendido, corria el sudor por su frente en gruesas gotas frias que le inundaban el rostro, tenia el cabello erizado, y en sus movimientos y contorsiones la habria comparado un griego de la antigüedad á la famosa pitonisa de Delfos hiriendo la trípode con su planta. Brillaba un puñal en su mano derecha, en que á veces fijaba con estúpido horror la vista, y otras con alegre ferocidad. Enfrente de ella á cierta distancia, friamente inmóvil y observándola con cuidadosa tranquilidad, estaba el sagaz hebreo cubierto de su hábito franciscano, los brazos cruzados sobre el pecho y echada la capucha al rostro, que flaco y consumido, apenas se veía de él mas que la acaballada nariz que distingue los de su raza, y sus apagados ojos, que á veces no obstante parecian despedir relámpagos. Hablaba Elvira interrumpiéndose al mismo tiempo con cantos y oraciones que ya

entonaba en voz alta, ya rezaba entre
dientes de rodillas delante de un cruci-
fijo, cuyos pies tal vez besaba con religio-
so ardor.

— Señor, señor, decía. ¿Y eres tú
quien me pides sangre? ¿Por qué la mia
no puede espiar mis pecados?

Y levantándose de repente continua-
ba arrebatada de su locura:

Tú inflamaste el pecho impávido
de la animosa Judith,
que derribó
la soberbia y los ejércitos
de aquel potente adalid
que te irritó.

Álcente cánticos

hombres y ángeles.

Temblad, ó príncipes,

la ira de Dios.

¡Señor! ¡Señor!

esfuerza tú mi débil corazón.

En cantando así calló, y el judío dijo:

— Baltasar está en el festin, y Dios

ha decretado su ruina: las fatídicas palabras estan ya trazadas sobre el muro. Sal de aqui y les oirás blasfemar y mofarse del que puede hacerlos ceniza. Allí estan, y su voz ronca con el vino entona canciones impías. Anatema, anatema sobre el malvado hijo que no solo no respetó á su padre, sino que insulta su memoria despues de muerto. Hierre, ó vírgen del Señor, hierre, y sea tu brazo fuerte como el de Sanson, y no tiemble tu corazon en tu pecho. Cien coronas de flores resplandecientes tejen para tí las vírgenes del paraíso. El angel de la victoria te guia, y yo en nombre de Dios te absuelvo de todos tus pecados, aunque entre ellos contases haber asesinado á tu padre.

Diciendo asi alzó el brazo derecho, y haciéndola poner de rodillas le echó la bendicion, arrojó algunas gotas de agua, que él dijo bendita, sobre el puñal, y ayudándola á levantarse, en seguida la obligó á beber el cordial que siempre llevaba consigo, comunicándola de este modo nuevo espíritu y ardimiento.

— Dios mio, exclamó Elvira, benigno acepta mi sacrificio y ten piedad de mi hermano.

Y enagenada, de repente prosiguió diciendo en voz baja:

— ¡Siento un peso en mi corazón! yo quisiera llorar y no puedo. Allí centellea la espada del querubín: hermano mio, ¿me oyes? ¿es verdad que tú estás ya arrepentido? No, no es debilidad, padre; si yo mostrara en este momento flaqueza el Señor me castigaria. La ira de Dios va á aniquilar el impío.

Y luego, alzando la voz, exclamó: — Ya me siento mayor; fuego del cielo ha inflamado mi alma. Llevadme en presencia del rey. ¿Nadie me verá, es verdad? ¿mi mano será invisible al herirle? Ya palpo la nube que me rodea. ¿Oís? Es un canto de guerra.

Levanta el brazo fuerte,
ó Virgen de Sion,
que acecha ya la muerte
al que las iras provocó de Dios.

Cayó el impío, el mundo cantará;
 gloria al Señor que su poder mostró;
 hiere sin miedo, que en tu diestra va
 la ira celeste que en Sodoma ardió.

Levanta el brazo fuerte,
 ó Virgen de Sion,
 vuela, que á eterna muerte
 le condenó de Dios la maldicion.

Son los ángeles que cantan: ¿oís? ¡Oh!
 es el canto de muerte. Vamos.

— Sí, vamos, hija mia, dijo Abrahan, que no creyó oportuno dejar pasar su delirio sin aprovecharse de él. Vamos.

Diciendo así tomó el brazo de Elvira y echaron á andar precipitadamente hácia la estancia donde el rey y sus caballeros festejaban muy agenos de ningun peligro llenando mil veces las copas y entonando alegres cantares. Iba Elvira fuera de sí hablando consigo misma, tirada atras la capucha de su almalafa, erizado el cabello, y el puñal en la mano como una furiosa vacante. Persuadíala el judío,

*

ya encargándola el disimulo, ya manteniéndola en su locura, con sus infames discursos.

— Aquí, le dijo tomando el cuchillo, lo has de esconder, entre los pliegues del pecho. Llegas á él, te arrojas á sus pies, y al levantarte, no temas, clávaselo en el corazon. ¿Oyes, oyes los gritos de los malvados, el murmullo de sus conversaciones? Allí estan descuidados del riesgo que les amenaza. Dios te lo entrega. Pero no: ya dejan las mesas y salen sin duda al jardin, que está todo iluminado, y donde va á empezarse la danza. Vé y colócate á la salida que está al otro lado de la habitacion.

Oíale Elvira sin replicar palabra, y como una máquina se dejaba llevar del judío. Empezaba ya á oscurecer, y todo iba sucediendo á medida del deseo de Abraham, que no desperdiciaba nada de cuanto pudiera enagenar el espíritu de su víctima. Luego que llegaron al sitio señalado para el sacrificio,

— Espérate aqui, le dijo; el Señor

queda contigo, no temas: ya le conoces, derríbale muerto á tus pies. A Dios.

Diciendo así se retiró pensativo y lleno el corazón de zozobra, dudoso del éxito de tamaña empresa como trataba de llevar á término, y muy desconfiado de la resolución de Elvira si su delirio se calmaba, ó si en su arrebató se precipitaba fuera de tiempo. Pero satisfecho que no estaba de su parte hacer más, y pensando ya en su seguridad, se determinó á salir del castillo en aquel momento abandonando lo demás á la suerte, á quien correspondía decidir el resultado de su temerario proyecto.

Quedó, pues, Elvira sola y oculta en una vuelta del corredor, temblando á veces al menor ruido, esperando otras con ansia y arrojó, rodeada de la oscuridad de la noche, el cerebro ardiendo, tiritando con frío sudor, ó latiendo tal vez todo su cuerpo con la repetida pulsación de la fiebre que la abrasaba. El son de las harpas, que hería de cuando en cuando su oído, las voces que en rumor discorde se

confundían, el melodioso canto del trovador, todo se acordaba y convenía en su delirante cabeza, representando en extrañas formas delante de ella objetos ya sombríos, ya radiantes, á que daba cuerpo y movimiento su imaginación. Parecíale á veces que sentía pasos, y amedrentada se estremecía; otras imaginaba que no era ella misma la que estaba allí, y se palpaba atónita dudando de su existencia. En fin, todo era lóbrego y sublime en torno de ella, y embozada en su negra túnica en un rincón del oscuro corredor, sin movimiento y sin sentirse su respiración, cualquiera que á la distante luz que reflejaba allí alguna vez la hubiese visto de lejos, la habría tomado por una sombra ó un sueño de su fantasía.

Daba una puerta de la habitación del festín á la magnífica esplanada, que iluminada de hachas de viento, puestas en las torres y ventanas del castillo, á par que en los árboles y muros de al rededor, brillaba con tanta luz como si fuese de día. **A**

un lado de aquella puerta doblaba el corredor interior, estrecho y enteramente á oscuras entonces, donde la muerte quizá aguardaba sin remedio al rey; y en calle horizontal enfrente se estendia á un lado y otro la magnífica galería que caía á la esplanada, alumbrada asimismo soberbiamente. Las músicas sonaban allí, y en los jardines que la rodean, varias tocatas alegres que regocijaban y despertaban con su bullicioso sonido el pecho mas melancólico. Alegres turbas de jóvenes y mancebos del pueblo bailaban el antiguo baile en círculo de los asturianos, saltando, cantando y animándose con dichos al mismo tiempo. En el salon del banquete continuaban aun los brindis, los agudos chistes y las entretenidas canciones; en fin, todo era júbilo, y todo lo habia dispuesto el lindo Jimeno por orden de su amo para que cuando no realmente lo hubiese se fingiera y aparentara del mejor modo. Sin duda en aquel mismo instante, tal vez entre los mas alegres, vagaban muchos que mas debieran mal-

decir y llorar aquellas fiestas que aplaudirlas y festejarlas. Muchas madres no habian vuelto á ver á los hijos que vieron arrancar de sus brazos para conducirlos á sostener lo que ellos mismos quizá ignoraban, muchos labradores habian perdido sus cosechas y visto quemar su casa, huérfanos desvalidos habia que lamentaban la pérdida de sus padres sin tener adonde volver la cara á pedir sustento. Pero era preciso divertirse y estar alegre, porque tal era la voluntad del señor feudal, que queria agasajar al rey, á quien no se debia fastidiar con lágrimas y quejas de cuatro malaventurados villanos. Por último, el tiempo, que para Elvira andava apenas con pies de plomo, llegó ya de dejar el banquete y salir á tomar el aire en la galería. Púsose en pie el rey, y todos sus caballeros imitaron su movimiento, dirigió algunas chanzas á Saldaña sobre su humor melancólico y la vida retirada que hacia, al mismo tiempo que presentó una fineza á la reina y otra al de Lara, que seco y adusto no parecia

estar muy contento, tal vez receloso de la influencia del señor de Cuellar.

Salieron primero las damas, y en seguida iba el rey á salir. Iba á su derecha el señor de Lara y á su izquierda el de Cuellar; Salcedo y los demas caballeros le seguian á corta distancia. Volvia el rey la cabeza en aquel momento dirigiéndoles la palabra, cuando la fanática Elvira se aparece delante de él como por encanto, tira del puñal que llevaba escondido en el pecho, y antes que pudiese ninguno estorbarlo hiere al rey, que apenas tiene tiempo para poner el brazo.

— Cúmplase la justicia de Dios, exclamó Elvira.

Pero su brazo desfallecido, sin dar impulso al golpe, bajó el puñal sin acierto alguno y con tan poca fuerza, que no hizo sino rasgarle el cutis, hiriéndole levemente en el hombro.

— Traicion, gritaron todos; y se arrojaron á sujetarla.

— No es nada, dijo el rey con serenidad empujando al mismo tiempo con

tanto brío á la infeliz fanática, que á gran trecho de él la derribó en el suelo dando un gran golpe.

— ¿Qué quiere decir esto, señor de Cuellar, dijo el de Lara fijando los ojos con intencion en Saldaña? ¿estamos seguros en vuestro castillo?

— Quiere decir, replicó Saldaña con altivez, que no sé responder á esas preguntas sino con la espada.

— ¿A qué viene alborotaros así? Veamos quién es ese miserable, dijo el rey, y sepamos qué le indujo á cometer tal crimen.

A pesar de esto cien espadas brillaron en un momento; la voz de *han muerto al rey, han asesinado al rey*, voló de corredor en corredor y de torre en torre por el castillo esparciendo el alarma por todas partes. La reina volvió al punto á informarse toda sobresaltada, sus damas gritaban, los nobles pedían justicia, las danzas, las músicas, todo paró dónde cogió á cada cual la noticia. Preguntó doña María á su esposo dónde tenía la herida, y viéndola se

tranquilizó y la vendó ella misma. El alarma seguía no obstante, y Saldaña parecía pensativo.

Yacía Elvira en tierra sin movimiento. Cuando la descubrieron y trataron de levantarla estaba muerta.

Fue general el asombro al hallar, bajo aquel ropon negro, una muger jóven aun, delicada, y que sin duda habia sido hermosa, en vez de un asesino como habian pensado encontrar. Acercóse Saldaña á mirarla, y estremeciéndose exclamó:

— ¡Es mi hermana! ¡Tambien Dios me pedirá cuenta de ella!...

Dicho esto quedó inmóvil como una estatua, mirándola, sin ver ni oír nada de cuanto le rodeaba, hasta que de orden del rey retiraron de allí el cadáver, que el tétrico Saldaña acompañó lleno de congoja, pero sin derramar una lágrima.

Las funciones no obstante no quiso el rey que se suspendieran.



CAPITULO XXXIV.

¡ A Dios!... esclama la encendida mora
 bañando en llanto la cadena dura,
 ¡ á Dios!... que siempre el corazon te adora
 aunque hiciste nacer mi desventura:
 cadalso horrible, hoguera destructora
 prepara el fanatismo á mi ternura...
 Por tí perdí mi patria y mi inocencia,
 ¡por tí pierdo la mísera existencia!...

(D. Rafael Gonzalez Carvajal.)

HAY un campo fuera de Valladolid que llaman el Campo Grande, que sirve hoy de paseo á las gentes de aquella ciudad, y donde se cuentan hasta catorce edificios ó conventos, puesto que todavía á ciertas gentes les parecen pocos, por aquel dicho sin duda de que *nunca lo bueno fue mucho*. Pero dejando esto aparte, que á fé mia que el que quiera frailes en España no ha de llorar por ellos, seguiremos el hilo de nuestro cuento, si es que

lo tiene tan enmarañada madeja, y veremos de poner nuevamente en la escena algunas personas que probablemente no habrá olvidado el lector. Era entonces el Campo Grande una espaciosa llanura, sin los secos árboles ni las enjutas fuentes que adornan hoy día la parte que se llama el Paseo, y la yerba que crecía allí á toda su voluntad no habia sido aun arrancada para poner arena y chinás en su lugar. Algunos álamos aqui y allí crecian solitarios, y solo tal cual huerta murada de algun convento solia alegrar de cuando en cuando la vista. La gente entonces frecuentaba muy poco este sitio, y solo algun reverendo padre se veía tal vez pasear al caer la tarde con mucho sosiego delante de la puerta de su convento, tal vez algun viejo abandonado del mundo, ó al robusto lego franciscano que volvia de los lugares de la comarca con las alforjas llenas al hombro y un palo en la mano para ayudar el camino, despues de bien regalado y agasajado por las hermanas y hermanos de la cofradía. Para los días

de fiesta habia otro paseo , adonde acudian los caballeros del pueblo , los mancebos , las mozas y los estudiantes , que ya entonces estaba establecida la universidad. El que desee saber algo de este paseo puede leer á Quevedo , y verá lo que de él dice algunos siglos despues, y nosotros solo diremos que era el famoso Espolon , citando al mismo tiempo cuatro versos del mencionado poeta.

Claro está que el Espolon
 es una salida necia ,
 calva de yerbas y flores
 y lampiña de arboleda.

Pero el *Campo Grande* no estaba siempre desierto , y algunas veces millares de hombres y mugeres de todas clases lo poblaban cuando se celebraban alli torneos y toros , ó servia de espectáculo algun criminal famoso , bruja ó mago , cuya sentencia se ejecutaba en aquel sitio generalmente: entonces se despoblaban los lugares circunvecinos , se levantaban tabla:

dos ó cadalsos para los jueces y las personas de alta gerarquía , se circunvalaba el parage donde se habia de representar la tragedia , la gente se atropellaban unos á otros , los tejados de los conventos , las torres , los árboles se veían coronados de hombres y muchachos que trepaban hasta la veleta del campanario mas alto, armábanse pendencias por tomar puesto, mofábanse de los que estaban mal los que habian logrado colocarse bien, voceaban todos , reían , juraban , pensaban muchos que se divertian , y el Campo Grande era un herbidero de cabezas amontonadas y empinadas unas sobre otras para ver acaso perder la suya á algun infeliz condenado á muerte.

El dia en que sucedió lo que vamos á referir era justamente uno de aquellos que por famosos se cuentan en las crónicas de aquel pais. No que fuera un espectáculo nuevo la quema de una bruja, que al cabo no era otra cosa la diversion con que esperaban pasar su tiempo los dignos habitantes de Valladolid , sino que

la fama de la hermosura de la desgraciada, sus estupendos y maravillosos crímenes que corrian de boca en boca, pasmando á los que los oían referir, y de que se hacian nuevas ediciones aumentadas y corregidas á cada instante, y sobre todo la grandeza y poder del señor que con sus artes habia hechizado, añadian tanta importancia á un suceso que ya en sí mismo ofrecia cierto encanto, que hasta los viejos mas admiradores del tiempo antiguo confesaban que solo uno ú otro caso semejante habian presenciado en su juventud. Un espacioso cuadro á manera de palenque cogía una parte del Campo: levantábanse á sus extremos fronteros uno de otro dos cadalsos cubiertos de bayeta negra, con asientos asimismo enlutados, para los jueces: ardía en el otro frente del cuadro un grande hornillo de herrería, cuyo fuego atizaban dos negros cíclopes con un enorme fuelle que hacia llover chispas á todas partes, y levantaba una espesa columna de humo que se dissipaba á grande altura en el aire. El

dia estaba nublado, y la llama resplandecía bastante á pesar de la claridad natural: otros tiznados compañeros machacaban largos hierros hechos ascua que metían á cada instante en la fragua, y que cortaban y arreglaban en pequeñas barras anchas de un palmo y largas de dos pies. El eco repetía el golpe de sus martillos, que entre el ruido y las voces de la multitud resonaba de cuando en cuando, y sus negras caras y ocupacion infernal no les habria hecho desmerecer el título de demonios. En el otro frente estaban en pie dos hombres de caras triangulares y ojos hundidos con un bonete rojo y una sobre-veste de mil colores, sobremanera charros y mal tejidos, que los hacian parecer tan ridículos como feos. Detras de ellos veíase un gran monton de leña seca, colocada con mucho cuidado, embreada para que no tardase en arder, junto al cual sentado tranquilamente aparecia un hombre de frente de buitre y cerviguillo de Toro, grueso y pequeño de cuerpo, vestido de rojo y amarillo, con una hacha entre las piernas

y que sin duda era el gefe ó padre de los otros dos cocodrilos que hemos procurado pintar. Entre la hoguera y uno de los calsos brillaba sobre un altar cubierto tambien de paño negro un gran crucifijo de plata, y algunos milagros de cera se veían colgados en los paños que servían al altar de dosel. Algunos alabarderos procuraban contener el pueblo, que agrupados y hacinados unos sobre otros, traspasaba á veces la línea donde debiera pararse, mientras los impertérritos centinelas, saludando con el mango de sus alabardas á los mas atrevidos, los hacían bajar la cabeza mas de lo que ellos quisieran. Resultaban de aqui disputas, echándose unos á otros la culpa del golpe que habian llevado sin merecerlo: reñían, y en medio de la quimera solía venir tal cual teja volando por el aire, que desde el tejado del convento mas próximo tiraba algun mal intencionado muchacho que despartía á los combatientes haciéndoles dirigir hácia otra parte su ira, causando nuevos agravios y dando que reír á los

malignos mozuelos que haciendo diabluras por allí andavan. Discutian en otro corrillo si quemarian viva á la bruja, ó el verdugo la cortaria la cabeza primero: hablaban los estudiantes á voces desde donde quiera que estaban, aturdiendo á todo el mundo con sus desentonados gritos, que retumbaban sobre el bullicio de la multitud, mezclando latinajos en su atronadora conversacion, y mofándose de cuantos hombres formales y mugeres de cierta edad acertaban á pasar delante de sus ojos por su desgracia. Oíase la voz melancólica de los asquerosos pobres que pedian limosna con su acostumbrada pesadez, enojando y fastidiando á los que en aquel aprieto mal de su grado no podian alejarse de ellos. Lloraban los chiquillos, que medio ahogados no podian salir de la apretura en que su curiosidad les habia metido, pellizcaban otros en las piernas á los que los sufocaban, haciéndoles chillar y saltar bruscamente á cada picotazo que inesperadamente sentian: en fin, todo era ruido, disputas, voces, quimeras y

*

juramentos, y sin poder siquiera rebullirse ni menearse, era cosa de ver aquel sin número de cabezas en movimiento, que, como nos pintan las ánimas del purgatorio, juntas y embutidas unas en otras ni aun podían volver á mirar atrás.

--Hola, señor Soguilla, parece que todavía le queda á vuesa merced la afición, dijo á un hombre gordo y que sudaba á chorros medio ahogado en aquel conflicto otro bizco, pequeño de cuerpo, de quien el lector no es difícil que se acuerde si no ha olvidado aun las figuras de los satélites del Velludo.

--Amigo, respondió el verdugo cesante, cada cosa á su tiempo y los navos en adviento: á mí me toca ahora ver como otras veces me tocó lucirme; pero allí está mi sobrino, que parece un rey. Ved con qué serenidad está: vamos, da gusto; bien puedo decir que es sobrino mio sin avergonzarme.

--Así es efectivamente, respondió el bizco; pero voto á tal que no quisiera yo que él se luciese conmigo.

-- Pues yo os juro, repuso el saludador con su voz bronca, que no sois hombre de gusto. Pero hablando de otra cosa, ¿cómo habeis dejado á mi compadre el Velludo, ó traeis quizá algun encargo?

-- Nada de eso, señor Soguilla; he dejado al Velludo por cosas muy largas de contar, y he venido acompañando al señor Zacarías, que tambien ha de representar aquí su papel.

-- Ya entiendo, sí, repuso Soguilla; es aquel buen hombre flaco que sabe latin, y tiene un pescuezo tan largo y tan delgado que mas de una vez me han dado ganas de ahorcarle; porque, á hablar verdad, está diciendo comedme.

-- Pues, el mismo; y si pudiéramos salir de aquí nos iriamos hácia el tribunal, donde veriais que se las tiene tiesas con el obispo.

-- Voto á tal que daría el mejor mulo de cuantos me queden que curar en mi vida, ó la cuerda mejor ensebada de que haya hecho uso el mejor de cuantos ajustan gaznates, con tal de verle disputár-

selas con el obispo; porque aunque no lo entiendo, me gusta mucho oír hablar en latín.

-- Pues ánimo, y veamos si podemos salir de estas apreturas, porque todavía es temprano, y hasta las dos lo menos no quemarán la bruja.

Ardua empresa era la que proponía el bizco, y mucho más á un hombre tan gordo y pesado como Soguilla, que empujado, apretado y sufocado con tanta gente, apenas podía respirar. Empezaron no obstante á forcejear codeando á los de al lado y empujando á los de atrás por ver si podían romper brecha y salir de allí, el vizco más ligero deslizándose de medio lado, y el honrado Soguilla á pique de sufocarse.

-- ¡Hola, hé! decía un estudiante: ¿adónde va ese tonel?

-- Es el antiguo verdugo de la ciudad, gritó otro.

-- Allá vas, catedrático de la soga, aligerador de pescuezos.

-- Es el saludador que cura mulos rabiosos. *Medicus asinorum.*

--¡ Plaza, plaza ! gritaba otro, que ese hombre está ético, y nos puede pegar el mal.

Nosotros les dejaremos salir como puedan de aquel apuro en que por su culpa se hallaban, que al fin saldrán si pueden, y peor para el desdichado verdugo, que sin considerar sus dimensiones se habia metido en donde no habia lugar para él á pique de una apoplegía, y trasladaremos á otra parte el lector, adonde aunque habia pocas menos personas reinaba un profundo silencio.

En un gran salon del edificio en que celebraba sus sesiones el tribunal eclesiástico, dividido en dos partes por una baranda de hierro de tres pies de altura que se abria en su mitad, veíase de un lado al pueblo agrupado y atento, puestos muchos de puntillas y con los ojos fijos al frente, y encargándose mutuamente el silencio con repetidos siseos. Dos alabarderos, con las armas del obispo grabadas en sus alabardas, parecian dos estátuas clavadas á la parte de allá de la

baranda con las espaldas vueltas al pueblo. Todas las ventanas estaban cerradas, y solo por las claraboyas que junto al techo estaban abiertas penetraba escasamente la luz del día. Ardian en cambio en grandes candelabros de ébano infinitud de velas de cera amarillas, cuyo pálido reflejo daba un tinte sombrío y melancólico á todo el cuadro. Brillaba en el fondo una gran cruz de plata colocada sobre una especie de túmulo ó catafalco vestido de paños negros con calaveras y huesos pintados: desde la baranda de hierro hasta el extremo donde el catafalco se levantaba corrían largas filas de bancos enlutados con ricos paños bordados de oro, y las armas también del obispo; y en ellos estaban sentados gran número de hábitos negros con impasibles semblantes y devotas fisonomías. Un magnífico sillón bordado todo de oro y colocado en cierto lugar preferente servía para el obispo, que con su capa pluvial y demas distintivos de su alto cargo presidía el tribunal. Otros dos

alabarderos estaban colocados uno frente de otro á la mitad de la sala, además de otros cuatro que guardaban el catafalco. Un grupo de partesanas y alabardas rodeaba al reo, que por una puerta abierta á la derecha del catafalco, junto al sillón del obispo, acababa de entrar en el tribunal. Era una muger vestida á la usanza arabesca; pero sin toca ni velo en la cabeza, y con el cabello tendido que le enlutaba toda la espalda, segun era negro y espeso. Traía la cabeza baja y sus ojos sin brillo clavados tristemente en el suelo, las manos atadas y puestas en cruz sobre el pecho, y los pies desnudos, por lo que al andar parecia que se lastimaba.

-- Esa es la bruja, la mora, corrió la voz entre los asistentes; pero bien pronto sucedió el silencio á una orden de los ministriles de su ilustrísima.

-- Acercáronse al catafalco, y en habiéndola mandado que se prosternara, lo que hizo sin decir palabra, el obispo se levantó y entonó con grave y serena voz el *de profundis*, cuyo tenor siguieron

cuantos allí habia. Concluido el salmo púsose el obispo la estola, hizo agua bendita, que esparció aqui y allí diciendo:

-- *Te invocamus, te adoramus*; y en confuso y sordo murmullo respondieron todos del mismo modo. Entonces se levantaron todos y empezaron á cantar trozos de salmos tristes y melancólicos.

-- *Domine ne in furore tuo arguas me, neque in ira tua corripas me.*

Dirigió el obispo en seguida muchas maldiciones á Satanás, mandándole que se ahuyentara de aquellos sitios, y amenazándole sino lo hacia con redoblar sus conjuros. Y en señal de maldicion se apagaron las luces, sonó la campana de execucion en la catedral, hirió el obispo con el pie el pavimento, mandando al diablo por segunda vez que dejara libre á su víctima para que pudiera responder verdad, excomulgándole y maldiciéndole por si acaso permanecia en aquella estancia con intento de ofuscar el entendimiento de los jueces y hacerles faltar á su deber; y luego á una voz cantaron todos en las tinieblas.

-- *Discedite omnes qui operamini iniquitatem.*

Este cántico, entonado magestuosamente en medio de la oscuridad, y en aquella bóveda que retumbaba la voz, era el canto de muerte para la infeliz Zoraida, que apenas comprendia lo que todo aquello queria decir.

El pueblo escuchaba con devocion y recogimiento

Volvieron á encender las luces, el obispo se sentó en su silla y los demas en los bancos, y el secretario, que tenia la mesa junto al sitio que ocupaba el obispo, tomó unos pergaminos, y poniéndose en pie empezó á leer en latin el proceso de la acusada. Consistia éste, como todos los de su jaez, en un enjambre de desatinos, testimonios falsos y acusaciones ridículas, que si bien en el dia pudieran tal vez hacernos reir al leerlas, servian en aquellos tiempos, y aun sirvieron muchos siglos despues, para llevar al patíbulo infinidad de inocentes. Persuadido estaba el secretario que no era cosa de broma lo que re-

zaba el proceso, por lo que aprovechándose de los diferentes tonos á que sabia acomodar la voz, empezando á leer en bajo y concluyendo cada período en tiple, procuraba asimismo sacar partido de su ridícula figurilla, alzándose sobre las puntas de los pies por ser pequeño de cuerpo, y gesticulando con su cara de chorlito á cada palabra sobre la cual queria llamar la atencion. Oíanle los jueces sin pestañear, y lo mas gracioso era que el pueblo sin entenderle le oía tan atentamente como si cada uno de los que alli estaban fuese un *dómine* examinado. Leida que fue la declaracion del acusador entró en la sala un jóven lindo de cara con la visera alta y armado lujosamente de punta en blanco, y acercándose á la mesa del secretario con desenfado volvió la cabeza á un lado y á otro, clavó un momento los ojos en Zoraida, que no alzaba los suyos del suelo, y en habiéndola mirado se encogió de hombros, y aun muchos creyeron haber reparado en sus labios una sonrisa de Lucifer.

— El tribunal, dijo el secretario, os pide á vos, Jimeno Diaz, page de lanza del castellano y señor de Cuellar, que os ratifiqueis y afirméis en la acusacion hecha por vos contra Zoraida, de nacion árabe, su religion mahometana, acusada de haber hecho pacto con el demonio para hechizar á vuestro amo el señor de Cuellar, como tambien de asistir los sábados á las orgias de Satanás, bautizar sapos y preparar bebidas que vuelven loco al que las bebe, ó le mudan la voluntad: ¿jurais sobre los santos Evangelios, y os ratificais en haber dicho verdad?

Jimeno respondió sin titubear

— Sí juro.

El obispo mandó acercar á Zoraida, y el secretario le preguntó:

— ¿Teneis algo que responder á vuestro acusador?

Zoraida no respondió una palabra.

— Habeis oido vuestra acusacion y visto lo que resulta del proceso, continuó el secretario, sin preguntarle primero si entendia el latin, y si teneis algo que es-

poner en vuestro favor el tribunal está pronto á oiros.

— Muger, dijo el obispo con mucha severidad, veo que el espíritu maligno te ha privado del uso de la palabra y te fuerza á no responder. Pero debe entender el demonio que te posee que nos valdremos del fuego y del agua para obligarle á obedecernos si persiste como hasta ahora en callar. Entre tanto puede procederse á las declaraciones de los demas testigos.

El segundo que se presentó era el benéfico Zacarías con su cabeza todavía vendada, su traza humilde y devota y su tono de voz melífluo y afeminado. Luego que hubo jurado y besado devotamente la cruz del rosario que traía en la mano empezó su declaracion diciendo, como la habia visto volar una noche montada en una serpiente de fuego, y que detras y delante de ella llevaba una columna de humo pestífero que dejó al testigo caer sin sentido en tierra encomendándose á Dios. Recordó tambien la aparicion de

Elvira en la cueva de los bandidos, achacándosela ahora á Zoraida con toda seguridad, y concluyó su discurso diciendo:

— Vuestras señorías ilustrísimas deben saber, como dice el texto, que hay cosas *quod homo non inteliget*; y yo, señores, juro delante de Dios con la humildad y la llaneza de un siervo infeliz que ha de dar pronto cuenta á Dios de su alma, que esta muger que aqui está la he visto yo brincar desde el castillo de Cuellar hasta la torre de Iscar, cosa pasmosa, porque hay mas de tres leguas de distancia, y solo una bruja pudiera hacerlo, *mulier cum maleficiis saltarat longa via est*, y ahí va ese trozo de latin mio, que gracias á Dios hay aqui quien lo entiende.

A risa hubiera movido sin duda el disparatado latinajo de Zacarías si la causa que ocupaba los jueces y el interesante testimonio que acababan de oir de boca de aquel hombre devoto no hubiesen llamado la atencion general, escandalizando y asombrando de tal manera, que has-

ta el mas incrédulo no estaba de humor de reir. Otros varios testigos digeron poco mas ó menos lo mismo, con añadidura si acaso de algun cuento que habian oido ó imaginaron del caso, y como soldados que eran los mas de la guarnicion del castillo, refirieron como el señor de Cuelar se estremecia todo y perdia el sentido á veces cuando veía delante de sí aquella muger que le habia hecho asesinar á su sacerdote por su propia mano, por lo que tuvo que acudir al papa que la perdonara, y cometer otra porcion de crímenes por medio de hechizos y bebidas que le habia dado. Recordaron asimismo la noche aquella en que la infeliz Zoraida, agitada de los celos en el delirio de una fiebre ardiente, recorrió de torre en torre el alcázar con asombro de los centinelas, y luego salió al campo y halló una vieja que tambien con endiablada risa y voz cascada se presentó ahora en el tribunal á atestiguar contra ella.

Par diez la tia Gila, dijo uno de los del auditorio: mal se quieren las brujas

cuando ellas mismas se delatan unas á otras.

— Silencio, gritó uno de los alguaciles del tribunal volviendo su mal gesto hácia el pueblo.

Hasta entonces la desventurada Zoraida no habia levantado los ojos del suelo, ni habia contradicho nada de lo que contra ella habian espuesto los testigos, ni visto ni oido al parecer nada de lo que le rodeaba: su profundo dolor, el recuerdo de los dias del placer y la infame crueldad del hombre que la sacrificaba á otra muger, pagando sus cariños con la muerte, la lúgubre estancia donde se hallaba y adonde la habian traído sacándola de un calabozo infecto donde habia pasado noches y noches sin saber nunca cuándo amanecía, las caras extrañas é insensiblemente apáticas de sus jueces, todo habia llegado á abatir de tal manera su ánimo, que poseida de un pensamiento único no habia oido siquiera ni aun reparado en sus acusadores. Al oír la voz de la vieja levantó la cabeza, se estremeció de re-

rente, y volviendo á un lado y otro sus ojos atónitos, los clavó al fin en aquella momia reseca y diminuta, en cuyo rostro solo se veían dos ojos que brillaban con la intencion de una víbora.

— ¡Qué horror! exclamó la mora: ¡al fin se ha cumplido su maldicion!

Fue tan agudo y llevaba una espresion tal de dolor el grito histérico que arrojó Zoraida, que hasta los mas indiferentes y apáticos volvieron la cabeza á mirarla asombrados, y algunos jueces que se habian dormido durante el curso del proceso se despertaron creyendo que era la campanilla del presidente que ya los llamaba para votar la muerte de la prisionera.

— El testimonio de esta buena muger, dijo el obispo señalando á la vieja, es tan veraz y poderoso, que el diablo no ha podido menos de dejar hablar á su víctima, obligándola á que confiese cómo y cuándo se ha cumplido la maldicion que sin duda arrojó sobre ella algun santo varon á quien trató de dañar con sus maleficios.

— Si su ilustrísima lo permite, dijo el fiscal eclesiástico, requiero que se presente como es uso el hechizado en el tribunal para que dé mas fuerza á la acusacion.

— El hechizado es el señor de Cuellar, y se halla en este momento al lado de su alteza, replicó Jimeno, mucho mejor y mas aliviado, desde el dia en que se empezó á formar este proceso. Yo le represento ante el tribunal, y por encargo suyo y obligacion que mi conciencia me ha impuesto he acusado á esta muger de bruja, y hechicera infame con pacto con el diablo, que la protege, como tambien de haber hechizado y tratar de asesinar á mi muy ilustre señor el Castellano de Cuellar, y me ratifico en mi acusacion.

— ¡ Es un infame, es un infame! exclamó Zoraida: ¡ miente, miente! y no hay Dios cuando no le traga la tierra.

Jimeno la miró con terror y bajó en seguida los ojos.

— ¡ Blasfemia! ¡ blasfemia! gritaron todos los jueces.

*

El que parecia mas dulce dijo:

— Que se le atraviere la lengua con un hierro ardiendo por mano del verdugo.

Pero una voz sonó en este momento entre los espectadores tan dolorosa y terrible, que habria hecho estremecer una piedra.

— ¡Es mi hija! ¡es mi hija! ¡y me la van á matar!!!

— ¡Hola! gritó el obispo, ¡alguaciles! que echen de ahí ese impertinente.

Pero aun no habia acabado de decirlo, cuando sin respeto á los centinelas, y atropellando por medio de todo como un rayo, se arrojó en medio de la sala un hombre al parecer frenético, y antes que ninguno se opusiese á su intento abrazó estrechamente á Zoraida, que no menos atónita que cuantos estaban presentes, ni aun tuvo fuerzas para separarlo de sí.

— ¡Hija mia! ¡hija mia! yo soy tu padre: ¿no me conoces? decia llorando: ¡cuántas veces te he tenido sobre mis rodillas y me encantabas con tu sonrisa! ¿No

te dice tu corazón que te abraza tu padre? Mírame, hija mía... ya estamos juntos... ya no nos separaremos más, nunca más. Volvédmela, es mi hija, proseguía volviéndose á los jueces, es el apoyo de mis canas, es inocente; vosotros la perdonareis: ¡hija mía! ¡hija mía!

Y al mismo tiempo la cubría de lágrimas y de besos, y corría de una parte á otra enagenado, implorando á los jueces, abrazándoles las rodillas, y volviendo siempre á su hija con muestras de amor, de alegría, de pena y desesperación. Lloraban los espectadores; algunos alabarderos que se acercaron á separarle de Zoraida apenas podían contener sus lágrimas, ni cumplían tampoco con su deber; hasta Jimeno mismo á despecho de su mal alma y refinada maldad sintió oprimírsele el corazón, y aun se arrepintió de lo que había hecho: solo aquellos eclesiásticos viejos ya, y en cuyas almas de hielo jamás había penetrado la ternura del amor paterno, cuyo deber había sido sofocar las pasiones de la juventud, y que nada veían

ya en su vejez sino á sí mismos, se mantenian impasibles y pretendian arrojar de alli aquel hombre enojoso que habia faltado al miramiento debido á tan respetable tribunal con la osadía nunca vista de haber atropellado el foro.

— Prended á ese hombre y que vaya fuera de aqui, gritaba el obispo.

— Fuera, repetian los demas jueces.

Y entre tanto el judío Abrahan, que él era el padre de la desdichada Zoraida, temia, rogaba, maldecia, se ponía de rodillas, abrazaba á su hija, se arrancaba mechones de pelo, resistia á sus verdugos, besaba sus plantas, y exclamaba á cada momento :

— ¡Hija de mi dolor! ¡hija mia! ¡hija de mis entrañas!

No volvía en sí Zoraida de su sorpresa; pero aunque no hacia sino mirarle, se dejaba acariciar de él, y aun sentía en medio de tantas penas cierta dulzura en su alma, bien asi como si ya hubiese pasado á otro mundo de mas paz donde habia encontrado todavía otro ser tan infe-

liz como ella que la amaba y la acariciaba.

Pero los alabarderos empezaban ya á cansarse de aquella escena viendo al obispo y los demas jueces encolerizados, y el pueblo, aunque en un principio habia tomado cierto interés, deseaba que prosiguiese ya la tragedia. El horror que el leal pueblo de Valladolid tenia á la magia y á los que por influjo del diablo la ejercian venció por último la sensacion que el encuentro de un padre con su hija en situacion tan triste habia producido al principio.

Con todo, y para decir la verdad, muchos hubo que sin poder resistir mas se salieron del tribunal llenos de lástima y pesadumbre.

— ¡Ea! cumplid las órdenes del tribunal, dijo el obispo levantándose.

¡Oh! no, no; yo soy su padre, exclamó el judío, y no me la arrancarán otra vez. ¿Veis cómo llora? ¡hijamía! Yo creí que habia muerto, y me la encuentro aqui ahora. Habia perdido ya toda esperanza de volverla á ver. ¿Me la

volveis para quitármela para siempre? Ella era una niña; oid su historia. Yo era alcaide del castillo de Zahara (1): una noche despues de dos meses de sitio asaltaron los cristianos la fortaleza, y la entraron á hierro y fuego. ¡ Ah! entonces la cautivaron; era una niña hermosa como un angel, un retrato de la muger que mas he amado en mi vida, de mi esposa Sara. No os enogéis; seré breve. Ahora me la dareis, es verdad: ¡ hija mia! tú serás el consuelo de mi vejez, yo te mimaré, te acariciaré, te adoraré noche y dia.

-- ¡ Oh! sí, sí, vos sois sin duda mi padre, exclamó Zoraida devolviéndole sus abrazos, puesto que vos sois en el mundo la única persona que me favorece. Sí; vos sois mi padre, es el único amor que siento que penetra en mi alma sin

(1) Los judíos de España solian tomar las armas incorporándose ya en las filas cristianas, ya en los escuadrones árabes, como cuenta la historia, y aun algunos ocuparon altos cargos en una y otra nacion.

celos ni remordimientos. Yo soy inocente, soy una infeliz sin otro crimen que haber idolatrado á un hombre sin merecerlo; pero no se por qué, todos son enemigos míos: vos sois mi único amigo, mi consuelo: vos no me engañais, me amais de veras. ¡Padre mio! mi corazón me dice que sois mi padre.

— ¡Oh! yo enloquezco al oírte decir ese nombre; bendita, bendita sea tu boca que lo pronuncia.

— Basta ya, gritó uno de los albarderos, que sin duda era el jefe de los demas; es preciso echar este loco de aquí.

— ¡Loco! esclamo el judío; loco, sí, de placer de haber encontrado á mi hija. Pero no, no me separeis de ella, haced que muramos juntos. Si sois padres... ¿No habeis tenido hijos nunca? ¡Ah! yo soy un anciano, mis desgracias me habian hecho aborrecer á los hombres, y me habia vuelto misantropo: volvedme á mi hija, y yo os amaré á todos por amor de ella.

Diciendo así se arrojó en el suelo, besaba los pies de los guardas, se defendía y resistía con toda su fuerza.

— ¡Bárbaros! exclamó por último apresado ya por cuatro de ellos que habían logrado sujetarle, vosotros no sois jueces, sino tigres sedientos de la sangre de mi hija. ¡Maldición! ¡Hija mia! ¡hija mia! apela al juicio de Dios.

— ¡Oh! no hay duda, dijo Zoraida mirándole fijamente á tiempo que se lo llevaban de allí medio muerto, es mi padre, y es tan infeliz como yo.

Y en seguida inclinó la barba sobre el pecho, acongojada sin poder llorar, gimiendo y sollozando con tan angustiosa agonía, que no parecía sino que se la arranca ba el alma.

Luego que sacaron del tribunal al desdichado judío, uno de los jueces tomó la palabra y dijo:

— Ya que no nos volverá á interrumpir ese hombre furioso, pido al tribunal que continúe juzgando.

El procurador de la acusada se levan-

tó, y propuso que puesto que su cliente ni se defendia ni confesaba el delito, él pedia en su nombre á su ilustrísima refiriese su juicio al de Dios, haciendo con ella las pruebas que en tal caso requería la ley.

El obispo y todos los jueces aprobaron su proposicion, y el tribunal levantó la sesion en el mismo punto, dándole dos horas de término á la acusada para que buscase caballero que la defendiese, pues de lo contrario sufriria otra prueba pasando con pies desnudos por once barras de hierro ardiendo. Decretado que fue esto, el tribunal preguntó de nuevo á Jimeno si se ratificaba en su acusacion y estaba dispuesto á combatir en buena ley y sin valerse de hechizo ni superchería alguna, con cualquier caballero que tomase la demanda por aquella muger, y Jimeno juró de nuevo y se afirmó, tanto en lo que habia dicho como en lo que ahora se le preguntaba.

Entonces se levantaron todos, se oyó ruido de pies en la antesala del pueblo,

que se ponía en movimiento para marcharse, y los jueces, precedidos del obispo, se retiraron.

Al salir Zoraida en medio de los alabarderos el page se acercó á ella.

— ¿Quieres ser mia? todavía estás á tiempo.

— Huye, demonio de mi desdicha, respondió la mora mirándole con ojos hechos ascuas de ira; la muerte, el infierno, todo me es mas agradable que tú.

— Tanto peor para tí, repuso el page volviendo la espalda; no porque tú me desdeñes he de creerme mas feo, y este desaire me lo vas á pagar bien caro.

Echó á andar entonces haciendo ruido con las espuelas, y en saliendo á la calle empezó á mirar á las celosías por si veía alguna dama á quien hacer señas.



CAPITULO XXXV.

A Dios por siempre ¡ó sol! naturaleza
del mundo entero, á Dios. ¡ Ah! no mas sufra
yo el triste peso de la amarga vida,
para mí de pesares tan fecunda.

¡ O muerte! escucha mi postrer plegaria:
ven, ó sueño eternal, ven en mi ayuda.

(De D. Eugenio Ochoa. La muerte del Abad.)

CUANDO el judío se arrojó en medio del tribunal á abrazar á su hija acababa de entrar hacia poco en la sala; y habiendo preguntado á uno de los espectadores, hombre ya viejo, y que parecia por sus modales haber sido en otro tiempo soldado, qué hacia alli aquella gente reunida, éste, despues de satisfacer su curiosidad, le refirió ademas como él conocia á la acusada hacia ya algunos años. Esta conversacion ofrecia tanto interés para el viejo hebreo, que no pudo menos de preguntarle dónde y cuándo la habia conocido, á

lo que respondió el soldado, que justamente lo era de la guarnición de Cuellar, contándole toda la historia de la mora desde el momento de su cautiverio hasta el día. Crecía el ansia y la inquietud de Abraham á cada palabra de aquel hombre, como si en ellas se encerrase algun encanto particular, hasta que llegando á dar las señas del sitio donde la habian cautivado, y de las ricas alhajas que traía consigo, con todas las demas circunstancias del asalto en que se habia hallado él mismo, reconoció el judío á su hija, y á pesar del peligro á que se esponia si llegaban á conocerle como uno de los principales enemigos del rey, sin acordarse de nada en aquel momento, y perdiendo de repente su estóica serenidad, atropelló por todo, y se lanzó al cuello de la hija que creía perdida con la violencia de una leona que ve á su leoncillo en manos del cazador. Tal fue la causa que alborotó á todos los espectadores, y motivó la sorpresa que acaso este suceso habrá producido al lector. Solo el nombre de la acusada no

convenia con las otras señas que el soldado dió al judío, llamándose ella Zoraida, y siendo Esther el nombre de su hija. Pero ademas de que esta circunstancia nada quitaba á la verdad de su relacion, era muy facil le hubiesen trocado el nombre poniéndole otro mas acomodado á la pronunciacion castellana, lo que el judío supuso tambien al momento, puesto que de lo demas de creerla árabe era muy natural habiéndola cautivado en un fuerte perteneciente á aquella nacion. Y esta es la solucion que da la crónica de que estracamos nuestra historia á las dudas que pudieran ocurrir acerca de este maravilloso acontecimiento, no saliendo nosotros responsables de las que acaso ponga ademas algun lector quisquilloso.

Cuenta, pues, la historia que asi como el judío salió de la sala entre los cuatro alabarderos que le sujetaron, fue tal la rabia y el dolor que sintió que llegó á perder el conocimiento, y le dejaron como muerto en uno de los oscuros corredores del edificio, habiendo dado orden

ademas á los guardas de que de ningun modo le dejasen entrar si volvia de su parasismo. Algunos del pueblo se acercaron á él, y en particular su jóven criado el tímido Benjamin, que á pesar del mucho cariño que tenia á su amo no se habia atrevido á manifestarlo delante de los alabarderos, contentándose con llorar á sus solas la suerte de la compañera de su niñez y el peligro á que se esponia su señor. Pero al momento que le vió libre de sus opresores llamó dos hombres, quienes piadosamente, mediante cierta cantidad que les ofreció, le ayudaron á trasportar su cuerpo á otra parte. Cuando el judío volvió en sí, lo primero que preguntó fue por su hija; pero lejos de arrebatarse y dejarse llevar del sentimiento que desgarraba su corazon pareció mucho mas tranquilo, y que habia recobrado su sangre fria acostumbrada.

— Es menester, se dijo á sí mismo, salvarla, y esto no se logra con desesperarse. Lo primero que hay que hacer es penetrar en su cárcel. La han dado dos

horas, y es preciso que yo la vea en este tiempo.

Y luego se levantó del lecho, no obstante las reflexiones de Benjamin, que hizo cuantos esfuerzos pudo para oponerse á la determinacion de su amo, creyendo que se habia vuelto loco, porque el judío echaba sus cálculos entre sí, y solo tal qual vez dejaba entender alguna palabra suelta.

Entre tanto el gentío congregado en el *Campo Grande* desde el amanecer estaba ya sobre manera impaciente y desesperado con la tardanza de la funcion que aguardaba. No parecia sino que se les debia de justicia la muerte ó la vida de aquella infeliz, que á todo estaban convenidos con tal de pasar el rato, ya viéndola ir al suplicio, ó salir salva de la cruel prueba que debia sufrir. Pero el tiempo volaba, las horas corrian, y no llegaba no obstante la que el pueblo esperaba con tanta ansia. Decian unos:

— Sin duda la bruja halló una escoba, y se escapó por el agujero de la chimenea.

Gritaban otros:

— Es una infamia tenernos así todo el día esperando ahí una hechicerilla que al fin y al cabo no es ninguna Medea; y el buen estudiante citaba el precepto clásico, *nec coram populo Medea trucidet.*

— La culpa de eso, decía otro, la tiene el rector de la universidad, que entretiene el tribunal más de lo que debiera con sus discursos.

— Como que es el secretario del obispo.

— Muera el rector.

— Y los jueces.

— A sacar la bruja, y nosotros la quemaremos, gritaba otro.

Y el tumulto crecía, y los arqueros que estaban de centinela no las tuvieron todas consigo. Pero el pueblo de Valladolid, así como todo el de España, sensato, pacífico y sufridor por naturaleza, no es de aquellos que se alborotan porque les hagan esperar mucho tiempo; así que, excepto algunos estudiantes de los más

perdidos, nadie tomó parte en el alboroto, causando miedo en unos, risa en otros y apatía en todos la intrepidez de aquellos extravagantes mozuelos.

En esto el reloj de sol del convento de los Agustinos señaló las tres, y al mismo tiempo se oyeron gritos de alegría, tal como cuando sale el toro en la plaza los suele dar el pueblo si hace mucho que espera la llegada del que ha de presidir la función.

— ¡ Ahí viene ! ¡ Ahí viene ! gritaban de todas partes los que ocupaban las alturas, mientras los que estaban debajo empinaban los gaznates por si lograban ver algo. Pero no tardó mucho en aparecer la fúnebre comitiva con dos pregoneiros delante que á grito herido iban declarando los supuestos crímenes de Zoraida y la determinacion del tribunal. Venia en seguida gran número de arqueros á caballo escoltando á la prisionera, que á pie y en medio de ellos con los pies descalzos venia marchando con paso bastante seguro. Llevaba la espalda inclinada hácia de-

*

lante y la cabeza baja, y tal vez su boca convulsa se contraía esforzándose para no llorar. Asi encorvada en su angustia parecia una palma tronchada por el huracan. Seguian tras de ella otros tantos alabarderos, menos por guardarla que por honra del obispo, que tambien con los otros jueces cada uno en su litera venia como era de su deber á presenciarse el juicio de Dios. Al llegar á una de las entradas del palenque la comitiva hizo alto, sonaron las trompetas, formó la tropa, y el obispo bendijo al pueblo desde la ventanilla de su litera. Apeóse en seguida, y lo mismo hicieron los otros jueces que le acompañaban, y en habiendo tomado asiento en el tablado, mandó el obispo tragesen alli á la acusada, y dijo:

—Tú eres una estrangera, y no tienes aqui nadie que te proteja; pero has apelado al juicio de Dios, y él te salvará si no eres culpable. Su voluntad va á manifestarse, y el hombre no podrá hacer otra cosa que someterse á sus inerrables juicios. ¿Has encontrado caballero en el

tiempo que el tribunal te ha concedido para buscarlo?

—¿Cómo quieres que una extranjera, respondió Zoraida, como tú mismo has dicho que soy, pueda encontrar en tan poco tiempo ninguno que se esponga á defenderla, no solo contra el acero de mi enemigo, sino contra la preocupacion de los que sin saber por qué me aborrecen?

—Y vos, dijo el obispo dirigiéndose á Jimeno, que como acusador estaba colocado enfrente de la acusada, ya que no se presenta campeon ninguno que defienda la inocencia de esta muger, ¿qué prueba quereis que dé de que es inocente?

Miróla Jimeno de hito en hito cambiando tal vez de color, y pensando al mismo tiempo entre sí que eran aquellos pies demasiado lindos y delicados para no hollar siempre flores en vez de hierros ardiendo. Y no habia formado la naturaleza aquella mano de nieve y rosas para oprimirla y reducirla á cenizas dentro de un guantelete de fuego.

—Pero no importa, se dijo, me ha

despreciado, y debe morir. La prueba de las barras, continuó en alta voz dirigiéndose al tribunal.

Muger, dijo el obispo, la ira de Dios va á caer sobre tí si eres culpable; y alli ademas, añadió señalando á la hoguera, encontrarás la pena de tus crímenes en la tierra. Cúmplase la voluntad de Dios.

Volvió Zoraida la vista al hornillo, que resonaba con el continuo y monotonó son de los martillos que á compas caían sobre el yunque, y cada golpe le pareció sentirlo en el corazón. Y cuando la apartó de alli horrorizada, y vió la leña que habia de consumir su cuerpo, cerró los ojos y sintió como si se le despegara la carne de los huesos un dolor tan intenso que estuvo próxima á desmayarse. Pero su valor le sostuvo, y cuando abrió segunda vez los ojos miró el hornillo y la hoguera con serenidad.

Los dos maestros del campo que asistían á la prueba por si acaso la acusada encontraba caballero que la defendiese se retiraron á un lado del palenque, y ce-

dieron sus puestos á dos alguaciles del tribunal que debian sostener á la acusada por los brazos mientras paseaba las barras. Dos escribanos que alli habia debian dar fé de como se habia verificado la prueba sin malicia, engaño ni hechicería, tanto por parte de la procesada como por la del acusador. Presentó un sacerdote á Jimeno los Santos Evangelios para que jurara no traer sobre sí encanto alguno ni sortilegio que torciese el juicio de Dios en daño de la acusada, lo que el page juró, muy seguro de que no habia necesidad de mas sortilegio que el hierro ardiendo para abrasar los pies de la mora. El obispo lanzó de nuevo mil maldiciones contra el mal espíritu para que no interpusiese su influjo en contra ó en favor de ella, y luego resonaron los golpes sobre el yunque con mas fuerza, los jueces murmuraron algunas oraciones y salmos en voz baja, y el pueblo en silencio esperaba el fin de la prueba con cierto temor religioso.

Entre tanto los tiznados satélites de

Vulcano sacaron del hornillo hasta once ascuas largas de dos pies, que pusieron paralelas unas junto á otras, por donde habia de pasar la acusada. Los dos alguaciles la acercaron por fuerza hácia las barras, y Zoraida sintió crispársele los pies, y en todo su cuerpo dolorosas contracciones de nervios. En vano se esforzaba á poner el pie: la naturaleza se resistia á aquel martirio, y sus miembros no obedecian á su voluntad.

— ¡Oh! ¡piedad! ¡piedad! clamó arrojándose á los pies de los alguaciles, que la empujaban; yo no me muevo de aqui, yo no puedo... ¡Perdon! Soy inocente... La muerte, la muerte... Sí, yo prefiero morir mil veces á pasar por aqui...

En valde fuera querer pintar el sonido de su voz, ya dulce y humilde, ya dando gritos horribles al mirar las ascuas que sus pies habian de pisar, y las miradas de piedad y de terror que volvia á todas partes, y sus movimientos y contorsiones en aquel terrible momento. Pero

sus ojos no encontraban compasion en la fisonomía inflexible de sus verdugos, que acostumbrados á presenciar todos los dias semejantes crueldades, no hacian mas caso de las lágrimas y súplicas de sus víctimas que del llanto de un niño que hubiera perdido un juguete.

— Vamos, reina mia, decia uno de los alguaciles, que se pierde tiempo. Mas caliente estará el infierno, y no te pesaba tanto ir allá.

— ¡Por Dios! ¡por Dios! gritaba con voz que desgarraba el corazon de oirla. ¡Matadme! No me martiriceis. ¡Ah! ¿quién me habia de decir en otro tiempo que el hombre á quien he amado mas en mi vida habia de dejar que me martirizasen asi? Yo deseo la muerte; dádmela: yo soy culpable; yo diré todo lo que queráis, con tal de no pasar por aqui.

Esta última confesion suspendió el empeño de los alguaciles, y el juez, que en pie y junto á ella debia presenciar la prueba, se acercó al tablado, y dijo: — Atendido á que la acusada se resiste á sufrir la prue-

ba, y ha confesado todo, pido que sin mas dilacion sufra la pena de muerte á que en este caso está condenada por el tribunal.

— La voluntad de Dios, dijo el obispo, se ha declarado manifiestamente, y el demonio no se ha atrevido á arrostrar su juicio, y ha abandonado el campo entregando á la justicia su presa. Que se ejecute la ley, y Dios tenga piedad de su alma.

— Amen, contestaron á una voz los jueces.

-- Jimeno, prosiguió el obispo dirigiéndose al page, habeis sostenido vuestra acusacion como leal y noble que sois, y el tribunal os declara libre de la palabra que habeis empeñado de sostenerla hasta el último trance, puesto que desiste de la prueba propuesta vuestra acusada.

En oyendo esto Jimeno, acompañado de los maestros de campo echó á andar, despues de haber saludado al tribunal respetuosamente, y se dirigió pensativo con la cabeza baja, y sin mirar á Zoraida, hácia

la puerta del palenque que caía al otro extremo. El verdugo tomó su hacha en la mano y se dirigió adonde estaba Zoraida todavía de rodillas sin movimiento. Sus dos ayudantes pusieron fuego á la leña, que por estar embreada ardió en un momento, y los dos alguaciles se separaron de ella para hacer lugar al ejecutor. Algunos corazones del pueblo que la hermosura de Zoraida y sus gritos habian movido á piedad, temblaron en aquel instante cuando vieron la hermosa cabellera de la desventurada en manos del verdugo que la arrojó adelante con indiferencia cubriendo con ella su hermoso rostro; y echando en seguida el pie derecho atras y levantando el hacha en alto, se disponia á descargarla ya sobre aquel cuello de alabastro, morada de los amores.

Pero en aquel mismo instante, y aun no habia salido el page del palenque, resonó un grito, que se estendió como un golpe eléctrico de boca en boca, y cien voces resonaron á un tiempo con ale-

gría: — ¡ un caballero ! ¡ un caballero !

El verdugo volvió la vista á los jueces, y el obispo le hizo señas de detenerse. Bajó el hacha y quedó inmóvil detras de Zoraida, que clavada en el suelo de rodillas, esperando la muerte con resignacion, parecía una estátua de mármol de las que suelen adornar algunos sepulcros.

En este momento un caballero armado de punta en blanco entró en el pallenque á rienda suelta montado en un generoso alazan, y arrojándose pie á tierra de un salto se dirigió al tablado de los jueces con gallardo desembarazo. Era de mediana estatura, robusto y airoso de continente. Uno de los maestros de campo se acercó á él y le preguntó á qué venia.

— A sostener la verdad contra la mentira, á proteger la inocencia contra el hombre mas infame y falso que existe, si la acusada me quiere por su caballero.

— Para eso, respondió el maestro, es preciso que digais vuestro nombre y

os dejeis registrar por si se esconde en vos alguna superchería.

— ¡Superchería! el acusador de esa infeliz es capaz de usarla, que no yo. De todos modos estoy pronto á todo menos á decir mi nombre.

— Vuestra nobleza al menos...

— La probará mi espada, respondió con intrepidez el desconocido: además el acusador y yo en otra ocasión hemos trocado ciertas prendas, y la que él me dió la traigo siempre conmigo. Quiero, pues, que me devuelva la que le entregué.

— Os creo caballero, y esa prueba me basta, respondió el maestre mirando una sortija que el incógnito le enseñó quitándose el guantelete de la mano derecha, y en la cual estaba grabado un blason.

Diciendo así le presentó ante los jueces.

— Este caballero, dijo, está pronto á sostener á pie y á caballo que la acusación hecha contra esa muger es falsa, y

apela nuevamente en su favor al juicio de Dios.

— La causada, respondió el obispo, se ha negado á la prueba de las barras, y ha preferido la muerte mas bien que las consecuencias del juicio divino, y nosotros hemos dado por libre á su acusador.

— Sin embargo, si vuestra ilustrísima lo permite, dijo el maestro, observaré que la prueba del combate fue la primera en que la acusada convino, y la que el tribunal aprobó dándola dos horas para que buscase su campeón.

El tribunal, despues de una corta aunque muy acalorada discusion, mandó se le preguntase á Zoraida si convenia en esta prueba, y el maestro que acompañaba al caballero desconocido se acercó á preguntárselo.

Habíase recobrado Zoraida de su estupor, y las voces de la multitud y los vivas con que celebraron la llegada del caballero resonaban tan confusamente en su imaginacion meclados con el golpe del martillo en el yunque, que aunque ya

habia parado , todavía hacia dar saltos á su corazon , repitiéndose en sus oidos , que apenas podia darse razon á sí misma de lo que le pasaba. Trató de echarse el cabello á la espalda para despejar la frente y mirar á su al rededor ; pero halló que tenia las manos atadas atras , y entonces exhaló un gemido. Estrañábale sin embargo la tardanza del verdugo en sacudir el golpe terrible que la habia de quitar para siempre de penas , y por un movimiento de instinto encogía de cuando en cuando los hombros. Su ropage era blanco , su cuello estaba desnudo , y de rodillas en medio del campo , detras de ella el verdugo , el hacha al lado , mirándola con ojos estúpidos , aguardando solo una seña para retirarse ó matarla , y en su rostro cuadrado marcada la insensibilidad , ofrecian un conjunto de resignacion , de belleza , de horror y de estolidez inexplicable.

Uno de los alguaciles mandó al verdugo que se retirara , lo que él hizo refunfuñando : la levantó , la desató las

manos, y Zoraida entonces, echándose el cabello á la espalda, miró con ojos espantados al rededor, y enseñó el rostro pálido con la huella de la muerte en él. Hubiérase dicho un cadáver que volvía á la vida. Entonces llegaron á ella el maestro y el caballero que se ofreció por su campeón. Entendió apenas Zoraida lo que la decían; pero respondió que *sí le aceptaba*, y entonces la sentaron en un escaño junto á la hoguera, mientras decidia la próxima lid de su suerte. Preguntó el otro maestro á Jimeno si estaba dispuesto á sostener la lid, á lo que respondió que sí, siempre que su contrario manifestase su nombre. Entonces los dos enemigos se carearon, y el desconocido le dijo presentándole la sortija:

-- ¿Jimeno, reconoces esta joya? Tú debes tener en tu poder un relicario con un pedazo de la verdadera cruz que te cambiaron por ella.

Jimeno palideció: aquella voz le parecia haberla oido otra vez; pero no era la voz de un vivo: aquel cuya era habia muerto hacia mucho tiempo.

-- ¿Quién eres? le preguntó en voz baja temblando.

-- Pronto me conocerás, repuso el incógnito; monta á caballo, y luego verás quién soy.

-- No, yo no me bato contigo; tú eres el alma de....

-- De Usdrobal quieres decir, replicó el campeón de la mora; calla y monta á caballo, ó te declaro cobarde y manifiesto tu villanía.

-- Eso no ¡vive Dios! Mas que seas el demonio mismo no te temo, respondió el page; y si eres Usdrobal y vives todavía, lo que es imposible, yo haré que no vuelvas otra vez á presentarte delante de mí. Estoy pronto, añadió volviéndose á los padrinos.

-- El despecho y la cólera habian sucedido al espanto de la sorpresa en el alma negra del page, que calándose el casco salió gallardamente en medio y montó un caballo que le presentó su escudero. No obstante el corage y la duda, que le irritaba y afligía á un mismo tiempo, to-

avía se gallardeó en la silla, y dió una vuelta haciendo gentilezas por el palenque. Al pasar junto á Usdrobal, que cerca del tablado estaba á caballo apoyado en la lanza, soltó una carcajada y le dijo:

-- Tu protegida y tú vais ahora al otro mundo de fijo, y yo te aseguro que no me has de estorbar tercera vez hacer lo que me dé gana. Para un villano no te tienes mal á caballo.

-- Mejor que tú, y no hace muchos dias que te lo probé, contestó el campeón.

-- Imposible es que sea Usdrobal, se decia á sí mismo Jimeno; yo mismo le eché en el foso.

Hechas, pues, todas las ceremonias de uso, y habiendo jurado los dos campeones ante el crucifijo que iban á combatir lealmente para aclarar la verdad y hacer patente el juicio divino, tomaron lanzas de manos de los escuderos, los dos maestros partieron el campo, y las trompetas dieron la señal de la acometida. Creció entonces el ansia y la zozobra en

todos los corazones, cada cual tomando interés por uno de los dos contrarios, aunque la mayor parte deseaban el triunfo al desconocido. Tenia no obstante Jimeno sus partidarios entre los que sin conocer á fondo los sugetos juzgan únicamente por la apariencia, y en particular entre las mugeres, habiendo agradado generalmente la belleza de su rostro, su natural buen humor y la elegancia de su apostura. Pero de todos los espectadores no habia ninguno tan conmovido como el judío, que á la llegada del caballero habia logrado introducirse, aunque con mucha dificultad, en uno de los grupos que mas cerca estaban del palenque, y que desde alli no quitaba los ojos de su hija sino para mirar á su campeón, tan embebecido y desasosegado que puede decirse temia mas que ella el término de la lucha.

Entre tanto como hemos dicho sonaron las trompetas, y ambos campeones se lanzaron á la carrera. Igual era su furia y su valentía, igual sin duda el de-

*

seo de venganza y el odio que mutuamente los animaba. Encontráronse, pues, con tanta fuerza, tanta violencia y coraje, que aun no los habian visto arrancar de sus puestos, cuando vieron los espectadores con espanto rodar por tierra á entrambos ginetes con sus caballos. El incógnito habia caido envuelto con su bridon hecho un lio, con un mechon de crin en la mano á que se habia asido. El troton de Jimeno, habiéndose levantado de manos, midió el palenque con sus espaldas, mientras que su señor, que habia encontrado en todo el ímpetu de la embestida la lanza de su contrario en su pecho, botó de la silla como una pelota al aire, yendo á parar á mas de dos varas de su caballo. Desembarazarse de los estribos, levantarse y echar mano á la espada el campeon de Zoraida fue obra de un solo punto; pero viendo que Jimeno no se movia se acercó á ver si respiraba aun, y en tal caso á obligarle á confesar su delito. Los dos maestros de campo llegaron al page

igualmente, y en habiéndole desarmado reconocieron que estaba espirando. La lanza del desconocido habia saltado en dos partes, y una de ellas, que le habia entrado por la juntura de la coraza, asomaba á su espalda el hierro y mas de una cuarta de asta. El golpe que habia llevado al caer le acabó de matar reventándole, y la sangre le saltaba aun á caños por las narices, los ojos y los oidos. Cuando su contrario le exigió con el puñal en la mano que manifestase su crimen, todas sus facciones se contrajeron, rechinó los dientes y gritó: — ¡ Maldicion! y quedó muerto. Sucedió á esto en el concurso un profundo silencio.

El obispo y todos los jueces se levantaron, y habiendo traído á Zoraida toda turbada y confusa, el obispo dijo: — Hé aqui el juicio de Dios. Muger, estás inocente.

FIN DEL TOMO QUINTO.

igualmente, y en habiéndolo descubierto
reconocieron que estaba capitulado. La
del doctor conocido había estado en dos partes,
y una de ellas, que lo había estado por
la junta de la corte, acompañada á su
capítulo el libro y más de una carta de

**Se suscribe á esta Coleccion en Ma-
drid en la librería de Escamilla, á 6 rs.
tomo en rústica y 8 en pasta, y á 7 en
las provincias en rústica.**

la exigió con el
nuestro en rústica, todas sus acciones
se contraigan, recibiendo los deudas y cri-
tos: Maladición y grado mayor. Se
cedió a esto en el concurso en profundo
alvario.
El obispo y todos los jueces se levan-
taron, y habiendo traído á Xoraida toda
turpada y confusa, el obispo dijo: —
He aquí el juicio de Dios. Mujer, es-

FIN DEL TOMO QUINTO.